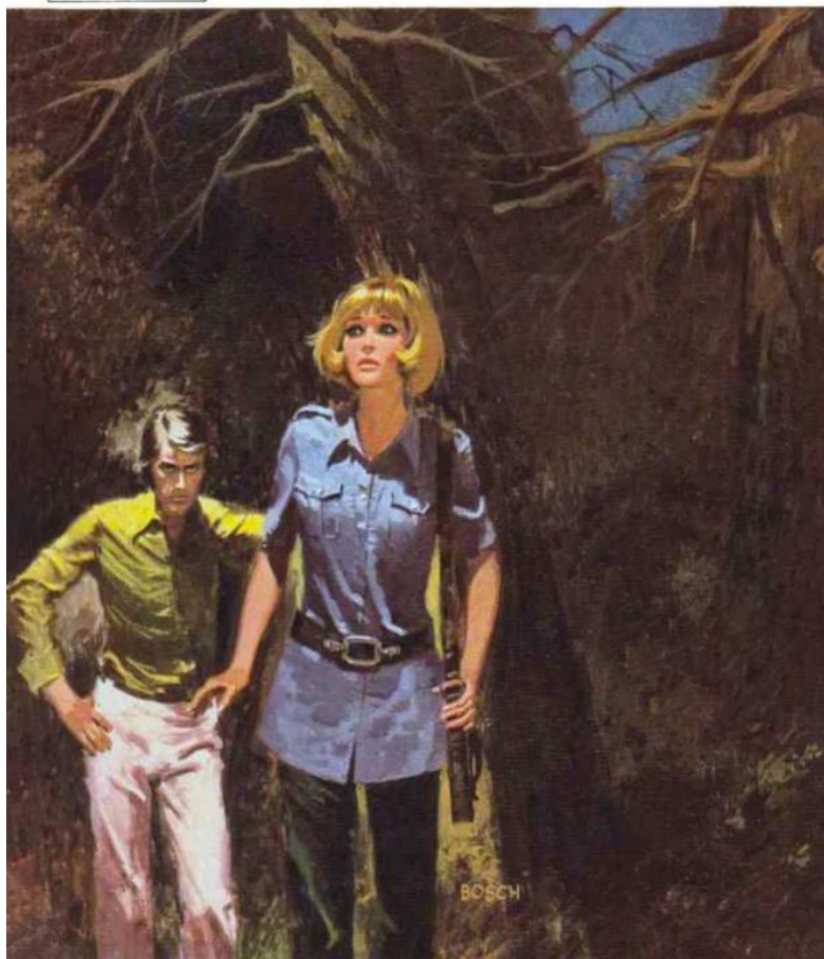


BOLSILIBROS · BRUGUERA
PUNTO
ROJO

la mansión de los ojos secretos

SILVER KANE



COLECCIÓN

PUNTO ROJO



SILVER KANE

**LA MANSION
DE LOS
OJOS SECRETOS**

Colección PUNTO ROJO n.º 552
Publicación semanal
Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito legal: B. 38.613 - 1972

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: noviembre, 1972

© SILVER KANE - 1972

texto

© ANTONIO BOSCH - 1972

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección BISONTE SERIE ROJA:
1281.— No dispares, Ketty Loy.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
1.160.— Un ataúd forrado de rojo.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
738.— Infierno: capital Dodge City.
- En Colección KANSAS:
666.— Un buitre llamado Cox.
- En Colección BUFALO SERIE ROJA:
996.— Los caballeros del diablo.
- En Colección ASES DEL OESTE:
502.— Ni más ni menos que un hombre.
- En Colección BRAVO OESTE:
618.— Pistolero y sinvergüenza.
- En Colección COLORADO:
637.— Jinetes de medianoche.
- En Colección CALIFORNIA:
751.— Todos esperaban la muerte.
- En Colección PUNTO ROJO:
541.— Un verdugo en Nueva York.
- En Colección HEROES DE LA PRADERA:
151.— Me gusta morir.
- En Colección BISONTE SERIE AZUL:
78.— Mariposas negras.
- En Colección BUFALO SERIE AZUL:
15.— Un «Colt», una mujer y un diablo.

CAPÍTULO PRIMERO

Cuando al fin decidí dar con mis huesos en Maddox, pequeña población del condado de Surrey, no podía decirse que yo estuviera, ni mucho menos, en lo mejor de mi carrera. El editor que durante un tiempo me ayudó y me dio cierta fama había muerto, y sus sucesores no llevaban los negocios demasiado bien. Yo tampoco estaba en forma. Debido a un exceso de trabajo, sentía vértigos y había momentos en que parecía que fuese a caer redondo a tierra. Una vez, en el Metro de Londres, el famoso *tube*, vacilé y estuve a punto de convertirme en un adorno para el parachoques.

Me acordé de cierta noticia que había leído una vez.

Un tren penetró en una estación llevando prendida en el parachoques la cabeza de una mujer a la que acababa de decapitar sin que el maquinista se diera cuenta [1].

Total, que me asusté.

No quería que a mi acabara pasándome lo mismo.

Y como las novelas se vendían poco, los ingresos disminuían y mis gastos en Londres eran muy cuantiosos, decidí trasladarme a Maddox. Allí la vida debía resultar más barata.

No sé si ustedes habrán oído hablar antes de Maddox, en el condado de Surrey.

En todo caso puedo ahorrarme explicaciones porque es seguro que habrán visto en películas o en la TV docenas de ciudades así. Maddox es una pequeña población de ésas tan apacibles que sólo pueden encontrarse en la campiña inglesa. Tiene una estación a la que los trenes llegan con puntualidad cronométrica. Tiene una calle principal con varios comercios honrados y sobrios. Tiene un *pub* donde uno puede charlar y beber buena cerveza. Tiene un anticuario donde lo mismo se puede encontrar un juego de café Victoriano labrado en plata que un cuadro de Modigliani o de Hodgson. Tiene un par de bosques públicos donde uno puede pasear

en absoluta soledad durante horas, pisando la alfombra de hojas que ha ido depositando allí el otoño. Tiene un pastor anglicano que nunca habla del infierno, sino que, al contrario, habla del cielo todos los domingos. Tiene, en fin, una colección muy completa de amables viejas pensionistas que cada día, toman el té a las cinco.

Todo eso... ¡es tan distinto del ajeteo de Londres!

¡Es tan distinto de las ciudades inhumanas en las que uno se ve obligado a vivir!

De modo que me instalé en Maddox, pensando no volver jamás a una gran capital. La única ventaja que tengo con mi oficio es que no estoy obligado a vivir en un sitio fijo. Todo lo demás, se lo aseguro a usted, son desventajas. Y algunas de las gordas.

Como por ejemplo, la baja forma en que yo me encontraba.

Todo mi capital estaba en mi pobre cabeza.

Y mi pobre cabeza se declaraba en quiebra a marchas forzadas.

Menos mal que, al poco tiempo de estar en Maddox, ya empecé a sentirme mejor. Los bosques solitarios eran un magnífico sedante para mis nervios. Alquilé una habitación en una posada donde un viejo carillón anunciaba con música el paso del tiempo. Cada tarde a la misma hora tomaba el té y observaba el vuelo de los pájaros. Esas cosas tan sencillas y al mismo tiempo tan maravillosas me hacían recordar mis días de Londres como una pesadilla.

Pero, cuando uno es un desdichado, no se libra de las pesadillas así como así.

Las mías empezaron en Maddox.

Y fue de la forma más sencilla.

Fue en un cementerio.

Yo ya había observado que el cementerio estaba junto a uno de los bosques públicos. Era un rincón apacible, sosegado, donde uno pensaba que debía estarse a gusto. El otoño lo había cubierto dulcemente de hojas. Apenas podían distinguirse las tumbas hundidas bajo aquella capa de poesía, de olvido y de silencio.

Por eso me extrañó tanto, al pasar por delante de la verja, oír la música.

Era una música suave, lenta, siempre la misma. Sonaban unos acordes, la música cesaba y luego volvían a repetirse. Eran los mismos acordes. Una y otra vez. Miré extrañado porque me pareció impropio que un tipo de mal gusto estuviera haciendo sonar música

justo al lado del cementerio, cuando había tantos y tantos sitios tranquilos adonde largarse.

Y entonces vi a Topper.

Claro, ustedes no conocen a Topper. Debí haberles dicho antes que la pequeña población de Maddox tiene también un cuerpo de policía compuesto de cuatro agentes y un sargento. El sargento es Topper. Tiene un aspecto rubicundo y jovial, entiende de marcas de *whisky*, de caballos de carreras y de perros de raza. También sabe preparar el té como la viuda de un coronel del Imperio. Es un «poli» con el que da gusto tratar, un «poli» de los que entran pocos por docena.

Sin embargo, ahora parecía preocupado.

Y era él quien llevaba un magnetófono, el cual hacía sonar con la dichosa musiquita.

Lo paraba, volvía a empezar, lo paraba, volvía a empezar.

Me acerqué a él.

—Hola, sargento.

—Hola, señor Barness.

—Es extraño que usted vaya por ahí con un magnetófono oyendo música grabada, sargento. Parece que eso no cuadra muy bien en sus costumbres.

—Ya lo sé. Pero, aunque le parezca mentira, hay aquí cosas que no marchan. También en Maddox hay cosas que no funcionan.

—¿Qué es lo que no funciona, sargento?

Él, en lugar de contestar, me miró fijamente.

—¿Cuánto tiempo hace que escribe usted novelas de misterio, Barness? —me preguntó.

—Pues... bastantes años, pero nunca me haré rico con ellas. Lo peor es que no sé trabajar en otra cosa.

—Una vez leí una de sus obras. No me gustó ni pizca.

—Cuerno, sargento. Sí que me da ánimos...

—Uno de los culpables era un policía. Bah... Menuda idea. Además, hay cosas que usted nunca podrá resolver, Barness. Por ejemplo, lo de esta música.

Miré con atención el magnetófono.

Él lo hacía sonar otra vez.

Era una música moderna, pero al mismo tiempo un poco lánguida y un poco triste. De repente, se paró.

—Los Rolling Stones —dijo—. Un trozo de una grabación de hace dos años. El disco ya se vende poco, aunque es bueno. No fue de los que les dieron suerte.

—Nunca le oí hablar de música moderna, Topper. Creí que no le gustaba.

—Y no me entusiasma, la verdad, pero este caso es distinto. Me obsesiona. Es lástima que usted haya venido aquí, Barness, porque supongo que ha venido a descansar.

—Bueno, no exactamente... —dije—. Lo que trato de hacer es trabajar en un sitio apacible, donde no haya demasiadas preocupaciones.

—Pues aquí las va a tener, como creo que las tiene ya todo el mundo. Ha llegado usted en mal momento, amigo.

—¿Por qué?

—Ha llegado usted en la época de los crímenes.

Pestañeé.

La población de Maddox no cuadraba ni de lejos con la idea de un crimen.

Pero Topper me hizo una seña, indicando el cementerio.

—Venga.

Me llevó ante dos tumbas casi gemelas. Me fijé en que las fechas eran muy recientes: dos semanas antes de que llegara yo. Y entre una y otra había apenas diez días de diferencia.

Los muertos debían ser, a juzgar por las edades y nombres que constaban en las lápidas, un padre ya casi anciano y su hijo ya bastante maduro. Sesenta y seis años y cuarenta y dos. Los muertos llevaban el apellido Willard.

Y yo enseguida lo recordé.

Willard era el nombre de la finca más hermosa que había en todo el contorno de Maddox.

Topper me miraba fijamente. Pareció adivinar mis pensamientos.

—Usted ha pasado por delante —dijo—. Seguro.

—Sí, es cierto —musité—. He pasado por delante bastantes veces. Es una finca maravillosa, como a mí me gustaría tenerla. Pero sé que no la poseeré nunca. Ni siquiera puedo tener la esperanza de alquilar un día una habitación en un sitio así. ¿Y de qué murieron los Willard, padre e hijo?

—Parece mentira que un novelista como usted pregunte una cosa así, señor Barness. Los asesinaron.

Vacilé porque no lo entendía.

Pese a que yo escribo de crímenes, les aseguro que no me gustan los crímenes cuando casi me alcanzan las salpicaduras de sangre.

—¿Cómo es que no me han dicho nada en la taberna? —susurré —. Una cosa así debiera haber sido la comidilla del pueblo.

—Porque usted es forastero y saben que escribe. No quieren que se meta en esto. La gente de aquí es muy reservada, créame.

Ya había notado que algunas conversaciones cesaban cuando yo entraba en el *pub*, pero sólo ahora entendía el significado de eso. Miré las tumbas pensativamente, todavía sin comprender. En especial, no entendía lo de la música.

Topper la hizo sonar de nuevo.

La canción era lenta y un poco amarga.

La canción con que un joven de hoy cantaba la nostalgia del amor de siempre.

Topper susurró:

—Es una música que me obsesiona. Un testigo asegura que la oyó antes de que esos dos hombres murieran.

—¿Un testigo?

—Sí, ya sé lo que usted está pensando... Que con un testigo bueno yo tendría el asunto resuelto. Pero no es un testigo bueno, sino un testigo malísimo. Un truhan que se ha pasado media vida en la cárcel por pequeños robos. Las dos veces había entrado en la mansión de los Willard a ver lo que sacaba y las dos veces hubo muertos. Pero no pudo ser él porque Joe Macomby, o Joe Macarra como le llaman por ahí, es incapaz de romperle una uña a nadie. Ni siquiera he tratado de acusarle oficialmente, pese a ser él el primer sospechoso. Y las dos veces oyó esa música.

Confieso que el asunto me estaba interesando.

No era interés profesional.

No podía sacar de allí ningún tema para una de mis condenadas novelas.

Dios me libre de tocar un tema del que ya están hablando los periódicos. Lo primero que el lector le exige a uno es la originalidad, aunque a uno la cabeza ya le dé vueltas.

De modo que susurré:

—¿Tan cerca estaba de la casa?

—Sí. La primera vez iba a entrar en el dormitorio del viejo Willard con ánimo de llevarse sus gemelos de oro y piedras preciosas. Las piedras podían ser desmontadas y vendidas en cualquier parte; el oro lo hubiese fundido el propio Macomby. Total, un golpe fácil, porque Willard siempre dormía con la ventana abierta. Iba a entrar cuando oyó esta música. La cosa le extrañó muchísimo. Si el viejo estaba dormido, ¿quién tocaba? Trató de mirar por la ventana: la oscuridad era impenetrable, absoluta. El dormitorio estaba convertido en la boca de un lobo. Imposible moverse por allí sin cargarse hasta las lámparas. Y de pronto aquel gemido: Willard acababa de diñarla. Tenía un cuchillo clavado en la garganta cuando lo descubrimos muy poco después. O sea que lo habían matado como quien dice ante los ojos de Joe Macomby, pero éste no vio nada.

—¿Fue él quien comunicó la noticia?

—En efecto, la comunicó él —dijo el sargento dando una cabezada—. Me lo comunicó todo pese a saber que con eso podía cargarse unas semanas de cárcel por intento de robo. Eso me demostró que era honrado.

—Quizá quería darle esa sensación de «honradez» para desorientarle, Topper.

—No, no... En primer lugar conozco a Joe Macarra como si lo hubiese parido yo. Los crímenes no son su estilo. Y tenía que haberlo visto... Estaba asustado como una gallina. Además tiene una mentalidad muy simple, una mentalidad que no va mucho más allá de forzar una cerradura o de aprovechar un descuido. Todo eso de la oscuridad, todo eso de la música, son cosas demasiado complicadas para él. No pudo haberlas inventado nunca.

Mientras hablábamos, los dos estábamos saliendo del cementerio. Una ráfaga de viento frío nos dio en la cara. Las hojas de los senderos del bosque empezaron a moverse como si estuvieran animadas de una fuerza ultrasensible y secreta.

Topper continuó:

—Él me tarareó la música, de modo que la reconocí pronto. Los chicos la tararean también en los clubs juveniles. Compré el disco y grabé en cinta magnetofónica precisamente este trozo, el que Joe había oído. Desde entonces lo repito constantemente tratando de

encontrar una pista. Pero nada. Ni el viejo Willard tenía la menor relación con la música moderna, ni había entrado jamás en una discoteca ni siquiera tenía equipo de alta fidelidad en su casa, pese a sobrarle el dinero. No hay la menor relación, y eso es lo que me vuelve loco.

—Tal vez su hijo... —musité.

—Hum... Su hijo tenía ya más de cuarenta años cuando lo mataron. Era un hombre serio. Para él los Rolling Stones eran gente de otro planeta. Odiaba la música moderna, odiaba los melenudos y los contoneos de caderas en los hombres. Llevaba el pelo cortado a estilo cepillo y era mayor honorario del ejército. Ninguna relación, absolutamente ninguna... ¡y sin embargo también la palmó cuando sonaba esa música!

Confieso que yo estaba más interesado cada vez.

Pero confieso también que no entendía nada. Pese a ser yo un profesional de los crímenes (en teoría, vamos), todo aquel asunto me producía una especie de vértigo. Quizá yo todavía tenía la cabeza débil por el exceso de trabajo.

Me incliné a recoger un pedazo de la corteza de un árbol. Las hojas secas producían un leve
crac-crac

bajo nuestros pies. A lo lejos, como un anuncio de que la naturaleza seguía viva, sonó el relincho de un caballo.

Topper continuó:

—El segundo crimen fue muy similar. Apenas cinco días más tarde. O quizá un poco más... A veces la cabeza me da vueltas... El granuja de Joe Macomby estaba en libertad provisional porque el juez quiso premiar su honradez al explicar lo que había visto en lugar de ocultarlo. Pero ese tipo, Joe, siente la pasión del robo. Aparte de que vive de eso. Total, que se metió otra vez en casa de los Willard. Era de noche, lógicamente, ya que de día le hubieran visto.

—¿Y qué...?

—Esta vez pudo entrar. Pudo ver algo. Quería llevarse unos cuantos objetos del muerto sabiendo que ahora nadie los echaría en falta. Ascendía por las escaleras, hacia la biblioteca de la casa, cuando las luces de la planta baja se encendieron. Vio pasar a Willard, hijo, por el vestíbulo. Lo atravesó sin darse cuenta de nada,

sin darse cuenta de que Macomby estaba allí, y penetró en una de las habitaciones. Entonces sonó la música. Apenas Willard había acabado de cerrar la puerta a su espalda cuando sonó.

—¿La... la misma? —susurré.

—Exactamente la misma.

—¿Y qué pasó luego?

—Sonó un leve gemido. Joe Macomby se estremeció de horror, pero tuvo la suficiente sangre fría para descender hacia el vestíbulo y abrir la puerta a través de la cual acababa de pasar Willard. Él sabía que aquella habitación era la sala de billar, pero no vio absolutamente nada. Y entonces tuvo la sensación de que él también iba a morir.

—¿Por qué...? —musité—. ¿Por qué...?

—Todo estaba a oscuras. Joe Macomby distinguió muy confusamente las sólidas patas de la mesa de billar. Y en ese momento oyó el ruido suave de una bola al rodar sobre el tapete. Ya sabe usted que una bola no hace prácticamente ruido, pero en aquel silencio espantoso él la oyó. Eso le hizo comprender que el asesino estaba aún allí y que Willard ya no respiraba ni se movía. Fue a dar un paso y sus zapatos casi resbalaron en la sangre.

Apreté un momento las manos, una contra la otra.

Reconozco que todo aquello me daba una sensación extraña. Me daba la sensación de que yo también estaba viviendo aquel momento. De que estaba con Joe Macomby (Joe Macarra para los amigos) resbalando por encima de la sangre.

Topper dio una especie de puñetazo al aire y continuó:

—La música ya no sonaba cuando entró ese pobre tipo. Es decir, había sonado apenas medio minuto. Joe tuvo la suficiente serenidad para retroceder, cerrar la puerta y abandonar aquella oscuridad que le envolvía. El vestíbulo estaba iluminado radiantemente y eso le animó. Pero saltó por una ventana y el tío por poco se carga los cristales con el nerviosismo.

—¿Vino a explicarle lo que había visto?

—Sí, pero esta vez no quiso confesar que había entrado allí con ánimo de robo. En fin, Barness, le explicaré en secreto una cosa: el muy buitre lo confesó, pero yo no quise tomar nota en el atestado. Joe me daba lástima. La cosa quedó redactada de forma que parece como si Willard le hubiera llamado para encargarle un trabajo y

poco después, cuando él estaba en el vestíbulo esperando, el dueño de la casa pasó a la sala de billar y allí se escuchó la música y el gemido de la muerte. Con eso Joe Macomby se ahorra tres años. Ya sé que no cumplí exactamente con mi deber, pero ¿qué quiere que le diga? Uno ya no tiene estómago para según qué cosas.

Hice un gesto afirmativo con la cabeza.

Yo comprendía muy bien a Topper.

Él era humano por encima de todo. Era uno de esos policías que, si pudieran, no detendrían a nadie. Por lo general sus casos de «acción implacable» se habían limitado en Maddox a perseguir a campo traviesa a alguna pandilla de muchachos que habían roto un escaparate con una pelota. Lo de Joe Macomby le traía por el camino de la amargura.

—¿Y qué descubrieron ustedes? —musité al cabo de unos instantes—. ¿Qué dijo el forense?

—Como en el caso de su padre, Willard había muerto de una certera puñalada en el cuello. Tampoco encontramos el arma homicida, aunque era la misma que en el caso anterior: un estilete muy afilado. Buscamos huellas por todas partes, claro.

—¿No las había?

—Ni de pies ni de manos. Lo que había contado Joe Macomby de la bola de billar nos llamó la atención, porque eso significaba que alguien la había rozado al moverla. Pero narices. O llevaba guantes o la rozó sólo con las uñas, de modo que no dejó marcado nada. O hasta es posible que las levísimas huellas se borrarán con el roce de la bola sobre el tapete. Total, nada. El asunto sigue en el más impenetrable de los misterios, y lo peor es que la cosa no va a terminar aquí.

Arqué una ceja.

—¿No va a terminar aquí? ¿Por qué? ¿Es que piensa que habrá más crímenes?

—No lo sé, Barness, pero todavía quedan miembros de la familia Willard. Sobre todo la pobre Ann... Es como si una maldición se hubiera abatido sobre ellos. Y a veces uno piensa que no hay dos sin tres. Y sin cuatro. Y sin cinco...

Me pareció que Topper exageraba.

El tipo estaba asustado porque su idílica calma provinciana se había visto turbada por aquellos dos crímenes. Pero eso no

significaba que hubieran de repetirse. Fui a decírselo y hasta a pedirle que me permitiera invitarle a un *whisky*.

No pude.

En ese momento uno de sus agentes, Winner, llegó volando en una petardeante moto «todo terreno». Antes usaba una bicicleta, pero ahora hasta los «polis» ingleses se modernizan.

Parecía muy excitado.

—¡Sargento! ¡Venga, sargento! —gritó—. ¡Han herido a una muchacha! ¡Un poco más y tenemos otro crimen en Maddox!

CAPÍTULO II

El suceso por el cual el agente Winner se había alarmado tanto, no era misterioso como los que me acababa de narrar Topper. Por el contrario, era un suceso desgraciadamente muy vulgar en nuestros «civilizados» países occidentales. A una muchacha le habían dejado el cuerpo medio deshecho dos hijos de perra que quisieron ultrajarla.

Cuando llegamos al pequeño hospital comarcal de Maddox, la chica ya estaba bastante mejor. Tenía una estupenda naturaleza, y una estupenda anatomía. Se comprendía que los dos desalmados se hubieran fijado en ella, aunque no se comprendía nada de lo que siguió. Como no conseguían nada de lo que estaban buscando, le habían destrozado las ropas y la habían molido a golpes con una cadena de bicicleta, esperando que ella cediese. No les dio tiempo para más porque los gritos de la chica habían atraído al agente Winner.

La chica bebía un sorbo de ron.

Ya he dicho que se sentía más animada.

Tenía el cuerpo medio vendado, pero aun así se adivinaba que era una chica de primera.

¿Veinte años? ¿Veintiuno?

Lo mismo daba. Cualquiera que fuese su edad, había aprovechado bien el tiempo.

Deduje que las heridas causadas a su cuerpo no tendrían demasiada importancia, puesto que los dos hijos de perra no habían conseguido sus propósitos. Pero el trauma moral era de los que no se borran jamás. Aquella pobre muchacha estaría marcada por el terror y por la repulsión para toda la vida.

Winner lanzó una sarta de maldiciones, a pesar de la tradicional circunspección de la policía británica.

—¡Lo que pasa es que no hay ley! —bramó—. ¡Luego esos hijos

de perra van ante el jurado y los sueltan con seis semanas de cárcel! ¡Veinte años uno detrás de otro había que meter! ¡Y restablecer la pena de muerte!

Confieso que en algunos aspectos estaba de acuerdo con Winner.

Para según qué delitos, los actuales castigos de la ley son apenas una caricatura.

Pero Topper le impuso silencio.

—Ésa no es misión nuestra, agente. A ver, hable, señorita. Explíqueme lo que ha pasado desde que usted puso los pies en Maddox.

Hicieron el interrogatorio sin importarles que yo estuviera allí, de modo que me enteré de todo. La hermosa muchacha se llamaba Virgin. Tenía veinte años, es decir, ocho menos que yo. Iba a perfeccionar unos cursos de secretariado en Londres.

Mientras pasaba cerca de Maddox en su automóvil, tuvo la desgracia de pinchar. Era el segundo pinchazo en dos horas, de modo que no había tenido ocasión de arreglar aún la rueda de recambio. Se vio obligada a hacer autostop en la carretera llevando en la mano la cámara pinchada, para que la transportasen hasta el taller más próximo. Los primeros que se pararon fueron dos melenudos que conducían dos potentes motos. Parecían educados a pesar de todo, de manera que la chica se fió. Cuando estaban a poca distancia de Maddox, se metieron en un bosque y allí estuvo a punto de ocurrir una tragedia. Menos mal que Winner disponía de una «todo terreno», porque en su bicicleta no hubiera llegado nunca.

—Se ve que hay dos desalmados por aquí —masculló Topper mientras terminaba de anotar—. Lo malo es que nos darán preocupaciones. No se alejarán demasiado.

—¿Por qué?

—Si se han encaprichado de la chica, esperarán a que ella reanude el viaje. O tratarán de sorprenderla.

Virgin lanzó un gemido. Realmente la frase de Topper había sido como para desanimar a cualquiera.

—Perdone —dijo—. Y no se preocupe por esos dos... Nosotros los cazaremos antes de que hagan otra de las suyas.

Yo no estaba tan seguro de eso, pero me guardé de hacer comentarios. No quería que Virgin sufriese crisis morales más

fuertes de las que ya sufría.

Salí de allí y me dirigí a la casa de los Willard.

Reconozco que el asunto me obsesionaba.

Hasta me olvidé de comprar tabaco para mi pipa y tuve que contentarme con golpear impaciente la cazoleta mientras caminaba por el bosque.

Cuando llegué al final del sendero, ya me había olvidado de Virgin. Realmente, el atentado sufrido por la hermosa muchacha no tenía ninguna relación con los dos crímenes. Y los hechos posteriores me demostraron que era así: que no había ninguna relación. Pero sin embargo el caso de Virgin me permitiría entrar de lleno, muy poco más tarde, en el mundo alucinante de los Willard. Porque a causa de Virgin conocería a Nat en las circunstancias más dramáticas que hubiera imaginado nunca.

CAPÍTULO III

Llevaba dos días merodeando por la casa de los Willard y ya me la sabía de memoria. Bueno, me la sabía por fuera, puesto que más allá de la verja no había puesto los pies. La casa estaba en un claro del bosque, rodeada de un magnífico parque propio. A ella se llegaba a través de un sendero en el que siempre estaban marcadas las anchas huellas de los neumáticos de dos coches: un «Jaguar» y un «Rolls».

No cabía duda de que los Willard no se dedicaban precisamente a pedir limosna.

Por lo que supe en aquellos dos días, escuchando retazos de conversaciones en el *pub*, el viejo Willard había sido un arquitecto famoso y de un gusto exquisito, que sin embargo había ganado poquísimos dinero con su arte. Hasta que, durante la Segunda Guerra Mundial, diseñó y fabricó unos vulgares barracones prefabricados para las tropas, y con eso se forró el tío.

A veces, la vida tiene esas bromas.

Su hijo, el segundo asesinado, había sido también arquitecto, aunque, con la fortuna del padre, podía permitirse el lujo de aceptar sólo los trabajos que le gustaban. Suyas eran algunas obras maestras del neogótico inglés, tan alejadas del criterio funcional y «arréglate-como-puedas» de Le Courbusier y Niemeyer.

Ese segundo asesinado tenía dos hijos a los que yo veía con frecuencia a través de las rejas del parque. ¿He dicho dos hijos? Debí decir dos hijas. Eran dos chicas estupendas. Dos gemelas de veinte años. No salían de la casa para evitar peligros, pero se las veía en el «Jaguar» o en el «Rolls» (porque en coche sí que salían) acompañadas por el chófer. O se las veía montar a caballo en el inmenso parque. O jugar al tenis en la pista de la parte trasera.

Tenían unas curvas que mareaban.

Las chicas inglesas, sobre todo las de buena raza celta, son muy

aptas para ponerle a uno los ojos como platos.

Nada de mujeres-palillo.

Yo me pasaba horas mirándolas. Y ellas no se extrañaban, porque como me habían visto hablar un par de veces con Topper, debían haberme tomado por un detective enviado por el Yard para vigilar la casa.

También vivía con ellas su tío Bill. El tal Bill era hermano del segundo muerto y enseñaba historia en Oxford. Por lo tanto, era también hijo del viejo Willard, el primer asesinado. Como las clases en Oxford no le mataban mucho, podía permitirse el lujo de estar temporadas en la magnífica finca. Ahora viviría casi siempre allí, después de la muerte de su padre y su hermano. Porque él había pasado a ser «el hombre de la casa».

Y había también un par de criados. Y un jardinero. Y una doncellita con una retaguardia de las que se mueven como un tiovivo. Su falda era tan ceñida que cada vez que uno la veía andar pensaba: «Ay, ay, ay... ¡Que “estalla”!».

Pero no estallaba. Y así uno tenía motivos para pensar lo mismo la próxima vez. Y mirar con unos ojos más grandes que dos quesos de bola.

Topper me sorprendió el segundo día de estar yo por allí; vino en una bicicleta mientras yo paseaba por el bosque cercano.

—Hola, Barness. Parece que no trabaja, ¿eh?

—No puedo. Tengo la cabeza en otro sitio. Y esto va a acabar para mí en la pura ruina, porque si no trabajo no cobro. Esto no es como un trabajo en la policía o en el Ayuntamiento.

—¿Usted se cree que no doy golpe, Barness?

—No hablaba por usted, sargento. Hablaba en general.

—Pues no generalice tanto. Lo estoy pasando muy mal entre una cosa y otra. Aunque Virgin ya está fuera de peligro, aquellos dos canallas de las motos aún no han aparecido. Bueno... Veo que esto le obsesiona, ¿eh?

—No me lo quito de la cabeza, Topper.

—Yo creo que nunca averiguaremos nada, pero creo también que la cosa no se repetirá, Barness. Aunque hago vigilar la casa día y noche, tengo la sensación de que es inútil. Hemos llegado al fondo.

—Pues yo creo que no, Topper.

—¿En quién piensa?

—Bill.

—Por la sencilla razón de que él se beneficia con esas muertes, ¿no? Hereda una bonita suma, pero la mayor parte de la fortuna va a parar a las gemelas.

—Por eso quizá tratará de matarlas también.

Topper lanzó una carcajada.

No me gustó porque noté que se reía de mí. De todos modos, era extraño que al sargento le diera por reírse en el escenario de dos crímenes que se veía incapaz de resolver.

—En las novelas siempre piensan ustedes en lo mismo, Barness: «¿A quién beneficia el crimen?».

—Y ustedes también lo piensan —dije hoscamente—. Es una regla de oro.

—Con muchísimas excepciones. Si no fallara nunca, la misión de la gente de Scotland Yard sería sencillísima. Y oiga otra cosa, Barness: ese profesor de historia, Bill, es un hombre intachable. Por pura rutina, me he enterado de los detalles de su vida hasta llegar a saber las veces que hace pipí en un día. Y le juro que no hay nada: ni mujeres, ni alcohol, ni ambiciones, ni odios. Jamás matará a nadie para sacar dinero porque jamás podrá gastar lo que ya tiene.

Comprendí que lo que decía el sargento era razonable.

Pero le pregunté si había resquemores en la familia. Si habían surgido tensiones a causa, por ejemplo, del testamento del viejo Willard.

—Oh, no... Precisamente en esa casa se da poca importancia al dinero porque sobra. El profesor ni se había enterado de que su padre tenía hecho un testamento; se lo hube de decir yo.

Comprendí que aquellas palabras tenían su peso.

Nadie podía acusar racionalmente a Bill, a pesar de que a éste le favorecían materialmente los dos crímenes. Ni a las chicas. Quedaban los criados, claro.

Topper me miraba de soslayo.

—Ahora piensa usted en el mayordomo —dijo—. Como si lo viera.

—¿Y por qué no puedo pensar en él?

—Porque los mayordomos ya pasaron de moda desde las primeras novelas de Agatha Christie. Antes eran tíos retorcidos y

que llevaban setenta años en la familia, conociendo todos sus secretos. Ahora, no. Ahora son unos condenados a los que envía una agencia y que el día menos pensado se largan llevándose la cubertería de plata. Pero ninguno de ellos tiene la mentalidad suficiente para liarse en dos asesinatos de esa clase.

Me mordí el labio inferior.

Comprendía que el sargento tenía razón.

Pero eso me tenía que hacer pensar por fuerza en alguien que hubiese venido desde fuera.

—Váyase al *pub* y beba unas copas —me recomendó Topper—. Si trata de escribir algo que tenga pies y cabeza, no lo hará mientras piense en esta cochina historia. Y ahora adiós, Barness. Voy a hacer una visita de cumplido a la familia Willard. La hago todos los días, para saber si tienen algo que contarme.

Produje un chasquido con dos dedos.

—Tiene razón, sargento. Voy a echar un trago y a tratar de olvidar todo esto. Abur.

Volví a Maddox.

Pero lo hice dando un rodeo porque me apetecía pasear. En Londres me había pasado semanas enteras sorteando los autobuses y andando como un fantasma a través de los aparcamientos. Esto era maravillosamente distinto. Cuanto más me adentraba en el bosque, más atrayente lo encontraba en todos los sentidos.

Hasta que oí aquellos gemidos.

Aquellos golpes.

Me pareció que era una chica la que gritaba.

Y que los golpes eran propinados con cadenas de bicicleta.

Me estremecí al pensar en un caso similar al de Virgin, y corrí hacia allí. Lo que vi un par de minutos más tarde me hizo lanzar un grito de furia. Un par de melenudos, al lado de dos potentes máquinas volcadas en tierra (una de ellas con el motor aún en marcha), estaban acosando a una chica a la que tenían volcada en el suelo. Por lo visto, tampoco ella quería ceder. Era dura como lo había sido Virgin. Y mientras uno de los hijos de zorra la sujetaba, el otro trataba de ablandarla con la cadena de una bicicleta.

La misma técnica que habían empleado con la otra, vamos.

Y los mismos tipejos.

A la chica ya le habían llenado la cara de sangre. Por lo visto,

estaban decididos a llegar hasta el fin. Y durante unos momentos en que quedé como paralizado.

Mi cerebro en blanco se llenó sólo de aquella escena miserable en la que se mezclaban la sangre, los opulentos muslos de la chica, sus medias rotas, un seno al aire y sus gemidos de muerte.

Al fin reaccioné.

Salí de aquel extraño sueño.

Me enfrentaba a dos hombres jóvenes y armados con una cosa tan terrible como puede serlo la cadena de una bicicleta. Un golpe bien dado le deja a uno sin cabeza. Yo no me tengo por un merengue, pero los dos tíos también eran muy respetables. No podía lanzarme alegremente a pedirles que me prestaran tabaco.

Pero de pronto tuve una idea. Como estaban muy ocupados y no me habían visto aún, me aproximé a la moto que aún estaba con el motor en marcha. La puse en pie, monté en ella, entré la primera y di gas rabiosamente. Entonces, ante el estrépito, uno de los dos fulanos se volvió.

Ya no pudo hacer nada.

Sólo acordarse de la santa de mi madre.

Y yo del perro de su padre.

Pero eso poco importaba, puesto que al perro de su padre ni él ni yo lo habíamos conocido.

La moto dio una especie de salto de puma.

Tenía en la parte delantera más adornos metálicos que el coche de un maharajá. Y la mitad al menos de ellos se empotraron en el pecho del tío cuando la moto se le vino encima. La rueda rebotó luego sobre él y le hundió completamente el pecho.

Era una herida mortal, porque las costillas le debieron penetrar hasta el fondo de los pulmones.

Y juro sin ninguna vergüenza que lo hice conscientemente: que fui a matar. Si el tío no reventó en aquel momento, no fue por culpa mía.

El otro se aterrorizó.

Aún tenía la cadena de bicicleta, pero no reaccionó a tiempo.

Sólo gritó:

—¡Pietro!

Seguro que no eran italianos, pero eso de llamarse con nombres extranjeros les debía sonar mejor. Sus máquinas eran japonesas, y

sus cazadoras llenas de insignias y de calaveras eran alemanas.

Sólo tenía ojos para mirar a su compañero caído.

Y yo sólo tenía ojos para otra cosa.

Para la entrepierna de aquel buitre.

No, no piensen ustedes mal.

Yo no miro las entrepiernas de los tíos.

¡Hombre, no...!

Si miraba la de éste fue por un motivo muy especial: porque me pareció un sitio estupendo para el golpe. Y se lo di. Le clavé la bota hasta que las bolitas le salieron por las orejas.

Su alarido aún lo oigo.

Dejó caer la cadena.

Comprendió que estaba perdido y fue hacia la otra moto. La puso en marcha y montó en ella con más gestos de dolor que una parturienta novata. Al situarse en el sillín y cada vez que la moto daba un saltito él gritaba:

—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay...!

Algunos dolores no se le quitan a uno ni bebiendo cloroformo en un embudo.

Quiso embestirme con la máquina.

Pero una moto se guía con las manos y con el cuerpo.

A él, cuerpo no le quedaba mucho.

Me bastó apartarme un poco para que se pegara tal piña contra un árbol que hasta sus sesos quedaron marcados en el tronco. Vamos, que si llega a tener los huesos asegurados a todo riesgo, no se los pagan ni a precio de chatarra.

Yo me incliné sobre los dos.

No estaban muertos, aunque sus heridas eran gravísimas. Necesitaban asistencia antes de que fuera demasiado tarde.

Pero más me preocupaba la chica, de modo que me incliné sobre ella.

Ella reaccionó como una pantera.

Iba a estrellarse incluso contra los troncos, con tal de huir.

Por lo visto no entendía nada. O no me había visto bien o creía que yo iba a participar en la fiesta.

—¡Quieta! —supliqué—. ¡Quieta! ¡No trato de hacerle nada! ¡Esos dos tipos están fuera de combate! ¡Sólo quiero salvarla!

Ella no me entendía.

Incluso me sujetó una mano y fue a morderla.

Yo le aticé con la otra. No tuve más remedio que hacerlo, pero le volví la cara al revés. Fue una de esas bofetadas solemnes que antes sólo se daban en los cuarteles de caballería.

Y entonces me di cuenta.

Quedé mudo de asombro.

Porque, cuando a uno le acercan la mano a la cara, cierra los ojos instantáneamente. Es algo impulsivo. Y en cambio ella no los había cerrado. Seguía con la mirada quieta, perdida... ¡Con los ojos espantosamente abiertos!

Tragué saliva penosamente.

En buen sitio me había metido.

La chica era ciega.

Dejé de tocarla porque el contacto humano la repugnaba. Y procuré que mi voz fuera lo más suave, lo más amigable cuando susurré:

—Le juro que no trato de hacerle daño... He venido a salvarla y soy un amigo. Aquellos dos miserables están fuera de combate.

Tuve suerte.

Mi voz debió ser lo bastante convincente, porque ella me creyó.

—¿Quién es usted? —susurró.

—Me llamo Barness.

—Nunca le he oído nombrar.

—Vivo en Maddox, pero soy forastero. Espere... Le daré mi chaqueta para que se cubra.

Ella se puso en pie tambaleándose.

La falda se bajó sola.

Lástima.

Menudas piernas.

Pero yo casi me avergoncé de haberlas contemplado, dado lo terrible de las circunstancias.

Con mi amplia chaqueta encima, su desnudez desapareció. La tomé de una mano y con mi pañuelo le restañé delicadamente la sangre.

—Ahora ya no corre peligro —dije—. Pero ¿qué hacía por aquí?

—Paseaba.

—¿Una ciega paseando por el bosque...?

—Me basta palpar los troncos de los árboles para saber dónde

estoy. Conozco esto como mi propia casa.

—¿Es que vive usted cerca?

—Sí.

—Entonces sabrá si hay en el camino alguna cabina telefónica.

Noté que se sobresaltaba. Su cuerpo se puso tenso.

—¡Por favor, no diga nada! No ha pasado nada importante y por lo tanto no han de saberlo.

—Es que los dos tipos que la atacaban están medio muertos —dije—. He de llamar a una ambulancia o la palmarán. Pero no tema; no diré una palabra de más, y encima Topper es un hombre muy comedido.

—Topper puede saberlo —accedió ella—. No lo comentará con nadie.

—Entonces, de acuerdo. ¿Hay alguna cabina por aquí?

—En el sendero. Siguiendo el caminito que tiene a la izquierda.

Me di cuenta de que la chica se orientaba estupendamente bien. En efecto, había un caminito a mi izquierda. Si ella no había nacido en las cercanías, faltaba muy poco.

La tomé de la mano y anduvimos. Unos cinco minutos después dimos con la cabina telefónica, al borde del sendero que empalmaba con la carretera. Llamé a Topper, le expliqué lo sucedido a grandes rasgos y le aconsejé que viniera con una ambulancia.

—Muy bien —fue todo lo que dijo—. Por fin han caído los que le quisieron hacer eso a Virgin. ¡Ya les daré yo, ya...!

—No hará falta que les dé nada, sargento. Si viven ya habrán tenido bastante suerte.

Colgué y miré a la chica.

Por mi oficio, yo soy observador. Y me di cuenta de que sus ropas eran modestas, compradas en unos grandes almacenes de confección. Sus zapatos estaban muy desgastados por los bordes.

Todo aquello no olía a dinero ni mucho menos. De modo que pensé que la chica debía estar en mala situación y que necesitaba ayuda.

—Si está en un apuro, puedo sacarle de él —dije—. Llevo algún dinero encima.

Su expresión de sorpresa fue instantánea.

—¿Dinero? ¿Para qué...?

—Puede necesitarlo.

—Oh, no... No me hace falta.

—Tal vez usted viva en una... bueno, en alguna casa de por aquí. En casa de algún guardabosques.

—Yo le llevaré al sitio donde vivo —dijo ella—. No está lejos.

La tomé de una mano y dejé que esta vez fuese ella la que me guiara. Seguía conociendo muy bien todos los senderos del bosque y se movía entre ellos como si los viese. Hasta que al salir de un calvero vimos de pronto, como una aparición, la fantástica mansión de los Willard.

Quedé petrificado.

Mi mano derecha, que sujetaba la de la chica, tembló.

—¿Usted vive ahí? —musité.

—Desde hace un par de meses.

Traté de sonreír, aunque ella no me veía.

Quise decir una cosa amable y entonces metí la pata hasta el fondo.

—No sabía que los Willard tuvieran una sirvienta tan bonita —susurré.

—No soy una sirvienta. Aunque me guste vestir con sencillez cuando voy por el bosque, no soy una sirvienta.

—Pues... ¿qué es?

—Soy la hijastra del difunto señor Willard. Del padre, es decir, del que murió en primer lugar.

Quedé atónito, porque hasta entonces no había tenido idea de aquello. Ni siquiera lo había sospechado.

Aunque voy a serles sincero: para ser novelista, yo debería tener mejor memoria. De pronto recordé lo que me había dicho Topper: él me había hablado de alguien que temía fuera asesinado también. Me había dicho algo así como que temía por la pobre Ann.

Y ahora comprendía muy bien aquel temor.

Ann era de la familia. Estaba comprendida en aquella maldición, si es que pesaba una maldición sobre los Willard.

Además era ciega. Podían matarla en cualquier momento. Yo mismo pude haberla liquidado con absoluta impunidad en el bosque, caso de ser el asesino.

—Entonces usted es Ann... —barboté.

—Sí. ¿Y usted cómo se llama? No recuerdo si me lo ha dicho.

—Me llamo Barness. Soy... soy un novelista de poca monta. Perdone todo lo que le he dicho antes acerca del dinero.

Ella sonrió. Sus ojos quietos eran patéticos porque no miraban a ninguna parte. Pero reconozco que su sonrisa era hechicera y que en ella palpitaba la vida.

Me tendió la mano.

—Adiós, señor Barness —dijo—. Siempre será bien recibido en esta casa porque me ha salvado de algo peor que la muerte. No sé cómo pagárselo, pero espero que la vida me dé alguna oportunidad.

Y se alejó.

Atravesó la puerta con pasmosa seguridad, como si pudiese verla.

Con un soplo de voz musité:

—No sé si la vida te dará oportunidad, muñeca. Porque para eso hace falta que vivas...

No podía remediarlo. Tenía miedo.

Un miedo cerval por la pobre chica, por la pobre Ann, a la que la muerte quizá acechaba ya entre las tinieblas.

CAPÍTULO IV

Ann entró en la casa con la seguridad de una persona que pudiera ver normalmente. Subió los escalones casi a la carrera, sin tropezar. Abrió la puerta y penetró en el vestíbulo también con una seguridad abrumadora.

Pero allí las cosas cambiaron. Tropezó enseguida con una de las butacas.

Palideció intensamente.

Y dijo con un soplo de voz:

—Esta butaca no estaba aquí antes. ¿Quién la ha cambiado?

En aquel momento entraban las dos gemelas. Hacían resbalar sobre sus opulentos muslos las raquetas de tenis, como si se los acariciasen.

Una de ellas, Rosy, murmuró:

—Buenos días, Ann. ¿Has ido a pasear? Pero ¿qué te pasa? ¿Por qué vas vestida de ese modo, con un chaquetón tan ridículo?

—He tenido un accidente en el bosque. Me han atacado para robarme —mintió a medias.

—¡Dios santo! ¿Y has avisado a la policía?

—Sí, sí, pero estoy bien... No me pasa nada.

—Entonces, ¿por qué estás tan pálida? Ni que hubieras tocado un fantasma...

—Es por esta butaca.

—¿Qué pasa con ella?

—Esta mañana no estaba aquí. Alguien la ha cambiado de sitio.

Peggy, la otra gemela, susurró:

—Ha sido la mujer de la limpieza. Seguro que ha cambiado los muebles porque le resultaba más cómodo así.

—¿Y por qué la mujer de la limpieza tiene que decidir eso? —masculó Ann con voz ronca—. ¿Quién es la mujer de la limpieza? ¿Una decoradora?

—Chica, no te pongas así...

Ann apretó los puños.

Se sentía completamente desconcertada. Diríase que estaba a punto de chillar.

Dio un par de pasos y tropezó con una mesita.

Entonces lanzó un ronco gemido.

No era por el daño que se había hecho.

Era porque, el día anterior, la mesita tampoco estaba allí.

—¡Lo estáis cambiando todo de sitio! —gimió—. ¡La estáis cambiando todo de sitio para desorientarme! ¡Para que no me pueda mover en esta casa!

Dio media vuelta y se alejó. Ahora parecía haber perdido por completo el control de sus maravillosas facultades. Tropezó dos veces con los peldaños antes de poder subir.

Luego, se encerró en su habitación.

Respiraba agitadamente.

Se tendió en el lecho y comprobó la hora en su reloj de contacto. Estuvo así bastante rato, hasta que le pareció que había transcurrido el tiempo suficiente. Entonces disco con mucho cuidado un número en el teléfono que tenía sobre su mesita de noche.

Había en Maddox un hotel bastante elegante, frecuentado por turistas y, sobre todo, por viajeros de comercio; y había también una posada típica en la que estaba Barness. Cometió el error de marcar el número de ésta en segundo lugar, una vez le dijeron en el hotel que allí no se hospedaba ningún Barness. Sin duda la chica creía que los novelistas ganan más dinero del que realmente obtienen por sus desdichados panfletos.

En la posada le dijeron que sí que se hospedaba Barness allí, pero que no estaba en aquel momento.

—¿Quiere algún recado, *miss* Ann? Se lo daremos con mucho gusto.

Habían reconocido su voz, a pesar de que ella salía poco.

—No, gracias... No tiene importancia. Ni siquiera le dicen que he llamado.

Y colgó.

Se sentía profundamente alterada.

Había notado que incluso los muebles de su dormitorio habían sido cambiados de sitio.

No podía andar si no era a tientas. No podía exponerse a avanzar dos pasos sin originar una pequeña catástrofe, rompiendo algún objeto... o rompiéndose ella una pierna.

Volvió a tenderse en la cama.

Respiraba agitadamente.

Cualquiera hubiese dicho que sentía miedo.

Fue anocheciendo, pero ella no se dio cuenta. Para ella las horas se sucedían unas a otras, tan negras y siniestras la primera como la última. Debían ser ya más de las nueve cuando la puerta de la habitación se abrió tras unos discretos golpes.

Ann reconoció muy bien los pasos, porque el hombre que acababa de entrar arrastraba un poco la pierna izquierda.

—Hola, tío Bill —dijo.

El profesor de Historia se detuvo.

Miró hacia la cama mientras tragaba saliva.

A pesar de que por la ventana sólo entraba la luz de las estrellas, la claridad le permitía ver bastante bien las formas torneadas y opulentas de Ann. Ella aún no se había quitado sus prendas rotas, y además las ciegas no pueden ocuparse demasiado del aspecto de sus vestiduras porque no las ven. Tendida en la cama, Ann le demostraba que era una de las jovencitas más preciosas, más deseables que había visto en su vida.

Y no eran parientes en sentido estricto.

Ann era una ahijada, una «recogida».

Él podía aspirar a la posesión de aquel cuerpo maravilloso sin faltar a ninguna ley biológica.

Pero dominó sus turbios pensamientos mientras se avergonzaba de sí mismo. Aquello no era digno. Se sentó en el borde de la cama, encendió una luz aunque ella no la necesitase, y cubrió las opulentas formas femeninas con parte de las ropas de la cama.

—Ann —dijo—, no has bajado a cenar.

—No me he dado cuenta de que era tan tarde.

—¿Y nadie te ha avisado?

—Pues... pues no.

Bill produjo con sus labios un chasquido que no tenía nada de alegre.

—Se ha perdido la unidad en esta familia —dijo—. Comprendo que es terrible lo que estamos pasando, pero aun así lo de Rosy y

Peggy me parece imperdonable. Tus hermanastras podían haberte avisado. Se han puesto a cenar sin ocuparse de ti.

—No las culpo. No tienen ninguna obligación de quererme.

—Pero...

—Tampoco obtengo nada en la herencia de mi padrastro —musitó Ann—. Sólo el derecho a vivir aquí y a obtener alimentos. No sé por qué me aborrecen. Al fin y al cabo, no les quito ni una libra esterlina. Una cosa es no quererme, pero otra...

Se interrumpió. Bill se dio cuenta de que pasaba algo más importante que lo que la chica estaba diciendo.

—¿Te han hecho alguna cosa?

—No, nada.

—Pues lo dices con una voz...

Ella se mordió suavemente el labio inferior.

—Más vale que tú lo sepas, tío Bill —dijo al cabo de unos instantes—. Están tratando de que me convierta en una extraña en esta casa. Están tratando de que me rompa la crisma.

—¿De qué modo?

—¿Y lo preguntas? Tú sabes que una ciega no depende de ella misma, sino del mundo circundante. Una ciega, para moverse por una casa, necesita que los muebles estén siempre en el mismo sitio. ¡Y ellas los están haciendo cambiar! ¡Ellas consiguen que cada día las habitaciones sean distintas!

Ann estaba muy nerviosa. Mientras decía esto, se había aferrado ansiosamente a una de las mangas del hombre.

Éste notó que la chica estaba muy pálida. También él palideció, porque esas cosas se contagian.

—Pero ¿por qué habían de hacerlo? —musitó.

—Tratan de acorralarme. Tratan de que yo no pueda defenderme —declaró Ann con un soplo de voz.

—Pequeña, no digas absurdos. Además, ellas nunca mueven un mueble.

—Ellas no, claro. Lo hacen las mujeres de la limpieza. ¡Pero obedecen sus órdenes!

—Hablas como si... como si quisieran tenerte acorralada para poder matarte.

Ann no contestó.

Tenía los labios plegados en una triste, casi desesperada mueca.

—Pero, pequeña... —Bill estaba totalmente desconcertado—, yo he hablado de matar y tú no me has desmentido, o sea que es eso lo que estás pensando. ¿Te das cuenta? ¡Es como si acusaras a esas dos gemelas de la muerte de su abuelo y de su padre!

Ann tampoco contestó en el primer momento.

Pero luego hizo un gesto de impotencia mientras apretaba las manos de Bill como en una muda súplica.

—Perdona —dijo—. Hay momentos en que hablo como si hubiese bebido. Yo misma comprendo que es absurdo, pero es que me siento completamente desconcertada.

—También me siento desconcertado yo, Ann. No creas que no doy mil vueltas a lo que ha pasado. He tenido que estudiar docenas de asesinatos históricos y no he encontrado ninguno como esos dos.

—Bill... ¿tú crees que estamos en peligro?

—Cualquiera sabe... La policía vigila los alrededores, de modo que no creo que entre nadie. Eso ya es una garantía.

—Querrás decir que no entrará ningún desconocido. Pero hay personas conocidas y de confianza que sí que pueden entrar. El repartidor de periódicos, el cartero, el panadero, el lechero, el médico... Cualquier persona de Maddox de las consideradas «honorable» podía haber cometido esos crímenes.

Bill se levantó.

No le gustaba aquella conversación de la que además no entendía apenas nada. Dio unos pasos por la estancia, constatando que, en efecto, los muebles no estaban en el sitio habitual.

Eso le preocupaba.

Pero constató también que la chica se había destapado y que sus formas le parecían más deseables, más bonitas a cada minuto que pasaba.

Con el fin de no caer en algo de lo que luego tuviera que avergonzarse susurró:

—Voy a marcharme, Ann. ¿Quieres que te haga subir algo para la cena?

—No, gracias. No tengo apetito.

—¿Sabes qué me ha pasado?

—¿Qué...?

—Es curioso que le ocurra eso a un profesor de Historia. Me he encontrado con un medallón y no sé determinar su antigüedad. Es

una pieza de plata labrada que me parece muy valiosa. Lástima que no puedas verla.

—Es igual. No me gustan las joyas.

Él se la dejó tocar de todos modos.

Era un medallón macizo y compacto. Se notaban al tacto algunos relieves, lo cual indicaba que, seguramente, estaba trabajado con mucho gusto.

—Toma —musitó ella—, ¿y dónde lo has encontrado?

—En mi habitación.

—Debía ser de papá. O de tu hermano.

—No, no se lo había visto nunca.

—Pues de una de las mujeres de la limpieza.

Bill lanzó una carcajada.

—Mira, nena, puede que tú no entiendas de joyas, pero esto vale un puñado de libras. Si una mujer de la limpieza dispusiera de esto, empezaría por pasarse un mes sin arrastrarse fregando suelos. En fin, tampoco estoy seguro de que sea una pieza valiosa. La llevaré a un joyero. ¿Puedo lavarme las manos?

—Pues claro...

Bill no sabía cómo prolongar su estancia allí. Se avergonzaba, pero su «sobrina» cada vez le estaba gustando más. Y ella, al moverse, le mostraba su cuerpo cada vez más incautamente.

Con la puerta del cuarto de baño abierta, para no dejar de verla, hizo funcionar los grifos. Y de pronto murmuró:

—Vaya...

—¿Qué pasa? —murmuró Ann, desde la cama.

—Tienes los grifos encallados, nena. No sé qué pasa. ¿Sabes lo que te digo? Que no vas a poder lavarte las manos ni tú misma.

—Pues sí que estoy arreglada...

—Puedes usar mi cuarto de baño —dijo él, atreviéndose—. Lo tienes a tu disposición día y... noche.

Ella no debió notar el tono ansioso de aquellas palabras. Se encogió de hombros.

—Mañana llamaré para que lo arreglen —susurró—. Está bien, puede que vaya.

—Dejaré la luz encendida.

—¿Para qué, tío Bill? ¿Para qué?

—Ti... tienes razón. Menudo idiota estoy hecho.

—Despistes de viejo profesor —rió ella.

—Oye, nena, trágate lo de «viejo»...

Ella volvió a reír.

Sin duda se habían disipado del todo sus preocupaciones, porque notaba el aturullamiento del hombre.

Éste salió al fin mientras murmuraba:

—Ya sabes que todo está... a tu disposición.

Y cerró la puerta.

Se sentía enormemente ansioso por una parte y enormemente avergonzado por otra.

El mundo de los hombres como el profesor Bill Willard es muy complejo. Por un lado sus estudios le habían demostrado que la historia no es sino un enorme lío de encrucijadas de alcoba, de mentiras conyugales, de complicaciones dinásticas originadas por un solo fenómeno: el sexo. En este sentido lo que él pretendía no era ningún crimen, pese a los parentescos legales que le unían a Ann; al menos no era un crimen que no hubieran cometido miles de hombres antes que él. Pero al mismo tiempo Bill sabía que con ello rompía las barreras de la decencia, esas barreras que hasta entonces le habían hecho ser un hombre en el que se podía confiar. Si sucedía lo que él anhelaba, ya no podría volver a tener fe en sí mismo. Su única justificación, cuando se mirara ante el espejo, sería bien pobre: en un mundo de truhanes, él era un truhan más.

Y eso le avergonzaba.

Entró en su dormitorio.

Se sentía impaciente.

Estaba seguro de que Ann no bajaría. No necesitaba aquello para nada.

Pero de todos modos había dejado la luz encendida.

Transcurrió el tiempo.

Y de pronto se estremeció.

Había oído un chasquido en el cuarto de baño. Algo había roto aquel silencio absoluto que imperaba en la casa a las once de la noche.

—Ann... ¿estás ahí?

—Sí, tío Bill, estoy aquí. Perdona si te molesto.

—Oh, no... ¿Puedo pasar?

—Está bien, pasa. No es que yo vaya vestida como una señorita,

pero al fin y al cabo tú eres de la familia.

El joven profesor se estremeció.

Estaba brutalmente ansioso. Y brutalmente avergonzado también.

Pero un solo pensamiento se impuso en él: ¡ahora o nunca!

Vio que Ann se estaba lavando las manos con una pastilla de jabón perfumado de las que él usaba. No llevaba encima más que una camisita transparente. Era... era la tentación hecha mujer. Bill sintió que la boca se le quedaba seca.

—¿Tienes una toalla? —susurró la ciega—. Aquí no sabría encontrarlas.

—Espera, te daré una. Eso es. Una... una manta de baño.

Sabía que así podría envolverla con ella. Y tendría una excusa para abrazarla. Luego ya se vería lo que pasaba.

Entró de nuevo en su habitación.

Sólo había encendido la luz del cuarto de baño.

Lo demás estaba en tinieblas.

Y de pronto...

Pero ¿qué era aquello? ¿Por qué diablos sonaba la música? ¿Y de dónde salían aquellos tonos alegres y al mismo tiempo lánguidos, que hubieran hecho contorsionarse a un chico *pop*?

Bill miró desconcertado en torno suyo.

No lo entendía.

Y de repente vio la sombra.

El brillo del acero...

¡Vio la muerte!

Lanzó apenas un leve gruñido que no anuló ni el ruido del agua al caer en el lavabo. Ann murmuró:

—¡Bill! ¿Estás ahí, tío Bill?

No le contestó nadie.

—¡Tío Bill! ¿Qué era esa música?

Silencio.

El silencio de los museos durante la noche. El silencio de las tumbas.

Ann se encogió de hombros.

—¿Quieres asustarme, tío Bill?

Pasó al dormitorio con los brazos extendidos. Allí los muebles no habían sido cambiados de sitio, pero ella no los conocía. Por lo

tanto vaciló. Tocó una butaca. Sus manos resbalaron por la superficie pulida de un tocador.

—Bill...

Atravesó casi toda la habitación sin tocar el cadáver que estaba en la alfombra.

Sus pies casi lo rozaron, pero no tropezó con él.

Tampoco se manchó de sangre.

La sangre se estaba deslizando justo hacia el otro lado de la pieza.

Musitó:

—Bill...

De pronto tropezó con la puerta.

Le pareció oír una respiración anhelante al otro lado. La abrió de golpe.

Y entonces notó la presencia de otra persona. Había otra persona allí. Ann tendió la derecha maquinalmente.

Rosy y Peggy, las dos gemelas, eran iguales para cualquier persona, pero no para los dedos de una ciega. Ann le tocó la oreja izquierda. Allí Peggy tenía una leve cicatriz.

—Peggy... ¿qué haces aquí?

—¿Y tú? Éste no es tu dormitorio.

Peggy debía mirarla acusadoramente. Aquella hora, aquel dormitorio y aquella ropa decían tantas cosas (y todas infamantes) que un libro no hubiera bastado para contenerlas.

—He venido a lavarme las manos —susurró Ann—. Tío Bill me lo permitió. Los grifos de mi lavabo están estropeados, y tú sabes que no me acuesto sin asearme.

—¿Y dónde está tío Bill?

—No lo sé... Iba a darme una toalla.

—Es que yo he oído una música —susurró Peggy—. Me ha parecido que era una cosa de los Rolling Stones y...

De pronto miró por encima del hombro de la muchacha.

De pronto lo vio.

La sangre.

El cuerpo yacente.

La sensación de muerte que volvía a flotar de nuevo sobre toda la casa...

Lanzó un grito lacerante, desgarrador, inhumano. Un grito que

encontró ecos hasta en los últimos rincones de la lujosa mansión de los Willard.

CAPÍTULO V

El sargento Topper me sacó casi de la cama a primera hora de la mañana siguiente. Digo que me sacó casi de la cama porque yo acababa de meterme en la ducha y no suelo despabilarme hasta haber recibido en la piel una buena ración de agua fría. Iba a cerrar los grifos cuando alguien llamó a la puerta de mi habitación.

—Adelante.

Topper entró. Yo me estaba secando con expresión que era aún ligeramente somnolienta.

—Hola —dije, procurando sentirme optimista—. Yo creí que los que tenían un enchufe como usted no habían de madrugar tanto, sargento.

—Pues ya ve.

—¿A qué ha venido?

Él retrucó con otra pregunta:

—No iría a trabajar, ¿verdad? Me sabría mal molestarle.

—Si me he levantado temprano es porque quiero empezar a desarrollar una idea —dijo—. No me hace gracia confesarlo, pero estoy al borde de la quiebra total. En el caso de que no envíe una novela al editor a fin de mes, no podré pagar ni la cuenta de la posada.

Topper miró por la ventana y luego echó una ojeada a la habitación. Me di cuenta de que estaba registrando con la vista. Me di cuenta también de que si había venido a verme tan temprano era para pillarme desprevenido. Todo eso me incomodó.

—Pero ¿qué pasa, sargento?

—Ann le llamó a usted ayer.

—Eso no es cierto —dije.

—No, no es cierto, pero lo es. Entiéndame. Ella llamó y usted no estaba. Dijo que no le dieran ningún recado y a usted no se lo dieron. Por lo tanto no se ha enterado de que le llamó.

—¿Y usted sí? ¡Vaya, hombre! Tiene gracia.

—No somos tan idiotas como para no controlar todas las llamadas telefónicas que van y vienen de casa de los Willard. Y lo hacemos legalmente, puedo asegurárselo. Por eso se captó esa llamada como una más.

—¿Y qué quería Ann?

—Supongo que tiene confianza en usted después de lo que pasó con aquellos dos miserables ya hospitalizados. Supongo que quería pedirle ayuda.

Palidecí mortalmente, aunque de momento no entendía nada.

Y barboté:

—¿Ayuda? ¿Auxilio? ¿Es que...?

—No, a ella no le ha pasado nada —me tranquilizó Topper—, pero ha habido otro asesinato en casa de los Willard. Esta vez la víctima ha sido Bill, el profesor de Historia.

Me estremecí.

Tuve que sentarme en la cama con un ridículo sentimiento de impotencia, mientras me olvidaba hasta de secar mi cuerpo.

Topper continuó:

—La que lo descubrió fue Peggy, una de las gemelas. ¿Motivo de que fuera a la habitación de su tío? ¡Pues que otra vez se había oído aquella maldita música! Sí, la de los Rolling Stones. Y Bill estaba muerto de una terrible cuchillada en el cuello. Peggy tiene el dormitorio muy cerca. No era extraño que la oyera, si la música sonó con un poco de fuerza.

—¿Y... de dónde venía?

Topper hizo un gesto de impotencia.

—¿Cree que lo sé? —musitó.

—¿Tocadiscos?

—Nada.

—¿Radio?

—Bill no tenía radio en su habitación. Un aparato de TV sí, pero estaba apagado. Y ya he tenido la precaución de comprobar que ningún canal de los que se captan en la zona transmitió música a esa hora. Por fin, no sé si se lo dije una vez, pero la casa tampoco tiene equipo de alta fidelidad.

—Sí, me lo dijo. Pero puede haber magnetófonos... O discos de las dos chicas gemelas.

—Estamos dando vueltas a algo que no tiene importancia —dijo Topper, impaciente—. Lo de la música es un síntoma extrañísimo, pero con música no se mata a nadie. Le contestaré de todos modos... Las gemelas no tienen ese disco ni lo tienen tampoco grabado en *cassette*. Y nadie de la servidumbre.

—¿Podría alguien silbar con tanta habilidad que pareciese música auténtica? —pregunté, puestos ya a rizar el rizo.

—No. Narices. Nadie puede imitar con silbidos un acompañamiento de orquesta. Y además, ¿quién? Peggy entró apenas la música había cesado. En la habitación sólo estaban el cadáver y Ann.

—¿Ann...?

Mi voz había parecido un rugido.

Seguro que debí estremecerme.

No sé por qué, pero la noticia me dolió. Imaginé a Ann teniendo relaciones íntimas con su propio tío, aunque ese tío no lo fuera realmente, ya que Ann había sido adoptada por el viejo. En ese caso Bill era algo así como su hermanastro. Bueno, me estaba armando un lío. De todos modos, el tal Bill había sido un zorro y la tal Ann había sido una golfa.

Topper, como siempre, adivinó mis pensamientos.

—No, hombre, no —me dijo—. No sea usted cafre, novelista de patatas fritas. No había nada entre el muerto y Ann. Ya he interrogado a la servidumbre. ¡Y menuda es la servidumbre para no haber «captado la onda» de una cosita de ésas! ¡Bonitas son también las dos gemelas, con lo que desprecian a Ann! Si hubiese habido algo, ahora mismo los vería usted desfilar a todos con pancartas por la calle principal de Maddox. Lo que pasa es que a Ann se le estropearon los grifos del lavabo, cosa que hemos comprobado. Para lavarse las manos tenía que emplear la ducha. Y en una ciega eso no es cómodo. En fin, que Bill le dijo que empleara el suyo si lo necesitaba, y ella accedió.

Hundí la cabeza.

Me daba cuenta del horror de la situación.

Y me daba cuenta sobre todo del horror de Ann, metida en una habitación con un cadáver y con un asesino al que no podía ver.

Porque era seguro que ella y el asesino habían coincidido en los mismos tres metros cuadrados al menos durante un par de minutos.

Barboté:

—¿No notó nada?

—¿Y qué va a notar? Ann estaba llamando a Bill sin sospechar que lo tenía a sus pies. Fue ella misma la que abrió la puerta cuando Peggy empezó a aporrearla. Su situación es exactamente la misma que vivió Joe Macomby, Joe Macarra para los amigos.

Mecánicamente me puse en pie y terminé de vestirme.

Estaba anonadado. Me daba cuenta de que Topper quería sonsacarme porque todos éramos sospechosos, pero al mismo tiempo me daba cuenta de que él acudía a mí en demanda de ayuda. ¡Estaba tan desesperado que hasta un triste novelista de tres al cuarto le parecía capaz de pensar algo!

Esta vez el que adivinó sus pensamientos fui yo.

—Llame a Scotland Yard —dije—. Todo esto rebasa el marco de sus pobres fuerzas.

—Lo he hecho ya —dijo sin ofenderse—, pero los inspectores no llegarán hasta la noche. Además, no confío demasiado. Estoy absolutamente seguro de que la clave de los crímenes está aquí, en la ciudad de Maddox, y que es en el fondo tan sencilla como sencilla es la música que suena en el momento de las muertes. Sin conocer a la gente de Maddox no se logrará nada. ¿Y cuánto cree que necesitarán los hombres del Yard para conocer a la gente de aquí tanto como la conozco yo? ¡Semanas! ¡Tal vez meses! ¡Y hasta puede que no lleguen a conocerla nunca!

Comprendí que tenía razón.

Pero no estaba de acuerdo en que la clave del misterio fuese tan sencilla como un pedazo musical de los Rolling Stones.

—Vamos —dije, mientras me ponía la americana—; supongo que el cuerpo de Bill está en el depósito de cadáveres.

—Sí, allí está.

Salimos.

Debo decirle a usted, ante todo, que el depósito de cadáveres de Maddox se halla en el mismo cementerio. Desde la mesa de autopsias casi podía verse la doble tumba en que reposaban los otros dos Willard.

Y ahora el tercero.

Menuda carrera, amigos.

Lo que es en este caso no se demostraba que el dinero diese la

felicidad. Y eso era un consuelo para mí, que no tenía felicidad ni tenía dinero.

Contemplé el cadáver.

Nada especial noté en él. Si Topper llega a preguntarme: «¿Qué le parece?», yo habría contestado estúpidamente: «Que está muerto».

El forense se secaba las manos, antes de ponerse los guantes para la autopsia.

—¿Qué, sargento? —preguntó—. ¿Empezamos? Pero ya le digo por anticipado que ése ha muerto como los otros.

—¿No llevaba nada en las manos? —susurré—. ¿Algún objeto que hubiera empuñado antes de morir?

—Nada.

—¿Y los otros?

—¿Los otros qué...?

—Si llevaban algo.

El forense me miró con curiosidad. Yo debía parecerle un entrometido, y así era en realidad. Pero se encogió de hombros y me señaló un portafolios que había depositado sobre una mesa.

—Ahí tengo fotografías de las otras autopsias —dijo—. Puede mirar usted mismo. Bueno, mientras no sea un periodista.

—Qué más quisiera él —dijo Topper, con un brusco desprecio—. Es un zángano.

Abrí el portafolios y miré. Las fotografías de las dos autopsias anteriores eran tan macabras como magníficas. Mientras rasgaban en tiras al pobre Bill, yo me harté de mirarlas empleando una lupa de las que había en el pequeño laboratorio de medicina legal, del que por fuerza tenía que estar dotado el depósito.

Al cabo de unos instantes barboté:

—Oiga, *doc*.

—¿Qué?

—¿Llevaba medallas el hijo? Quiero decir: ¿llevaba al cuello alguna medalla, una sola?

—No me acuerdo.

Topper tuvo más memoria que él.

—No, no la llevaba —dijo—. He registrado, antes de archivarlos, todos los objetos de los cadáveres. Y de medallas ni hablar; no creo que los Willard fueran gente muy religiosa.

Mientras hablaba se acercó curiosamente a mí.

—¿Por qué dice eso?

Le tendí la lupa.

—Mire.

En efecto, en una de las fotos, correspondiente al cuello de la segunda víctima, se advertía como un pequeño rasguño en la piel. Ese rasguño podía ser debido a bastantes cosas. Pero en primer lugar, y por encima de todas, al hecho de haberle arrancado bruscamente una medalla que llevase al cuello.

Topper pasó la lupa al médico. Sus facciones se habían vuelto de color gris.

—¿Qué opina, *doc*?

El médico estuvo mirando un buen rato. Al final hizo también un gesto de preocupación.

—Sí —murmuró—, puede haber sido una cadena de medalla. La verdad es que no me fijé.

—Pues aquí vino sin ella —masculló Topper—. Cuando encontramos al muerto, no la llevaba.

Se acercó al teléfono y disco un número.

Era el de Willard Manor.

Dio varias órdenes a un agente que, por lo visto, tenía dentro de la casa. Ese agente debió preguntar a los familiares y volvió a ponerse al teléfono al cabo de unos minutos.

Topper emitió unos cuantos gruñidos dignos de un fabricante de embutidos. Luego colgó.

—Habrà que investigar eso —murmuró—, porque puede ser importante. Gracias por la ayuda, Barness.

—¿Qué dicen los familiares?

—Que ninguno de los Willard lleva medallas. Pero yo juraría que ese cadáver llevaba una puesta y que se la arrancaron bruscamente, de un tirón, haciendo que la cadena le arañase un poco el cuello.

Me incliné maquinalmente sobre el cuerpo de Bill.

El médico y Topper habían hecho lo mismo, dominados por una repentina idea.

Pero narices.

No había la menor marca en aquel cuello, pese a que Bill había muerto de la misma forma que los otros. Eso significaba que mi

descubrimiento podía no tener relación con aquellos desastres; que mi descubrimiento podía estar falto de toda importancia.

Cargué mi pipa con movimientos maquinales, porque ahora ya me había acordado de comprar tabaco.

—Seguiré pensando —dije—. Ya me pondré en contacto con usted, sargento. Lo que me temo es que... en fin, lo que me temo es que no voy a cobrar nada a final de mes. ¿Son amplios los cubos de la basura que se usan en este pueblo?

—¿Por qué?

—Porque me sacarán de la fonda en uno de ellos, seguro. Y ahora, buenos días.

Salí de nuevo al bosque. El único consuelo que sentía era aquella especie de placer voluptuoso y rigurosamente personal que me daba mi pipa.

Poco imaginaba que dentro de poco iban a partírmela en cien pedazos. Poco imaginaba que me pondrían la cazoleta por sombrero y que necesitaría su tabaco para hacer una pasta con la que sujetarme las muelas.

CAPÍTULO VI

Creo haber dicho ya que el cementerio de Maddox está al final de un bosque poético, en uno de esos sitios dulces y hermosos a los que da gusto ir excepto cuando a uno lo llevan entre cuatro. De modo que no me resultó nada difícil perderme entre los árboles centenarios, envuelto en mis pensamientos y en el humo de mi pipa, diciéndome que tenía que dar con la clave de aquello.

En este momento no me interesaba encontrar a nadie.

La tranquilidad es estupenda para pensar.

Por eso me hundí más y más en los bosques a los que muy pocas personas llegaban en los días laborables.

De pronto oí aquel ruido potente.

Lancé una maldición.

Las motos «todo terreno» se meten por cualquier sitio. Rompen el sosiego de los lugares más apartados. Cualquier día estará uno descansando en paz y se le meterán dentro de la tumba. O peor: estará uno a punto de conquistar a una señorita y le entrarán por la ventana.

Ése fue el motivo de mi indignación: el que turbaran mi paz.

Pero pronto me di cuenta de que había algo más: ¡venían a por mí! ¡Eran dos motos las que se me echaban encima!

Me incliné velozmente.

Y esquivé la primera.

El fulano pasó por encima mío, lanzando un aullido y estando a punto de tragarse su propio tubo de escape.

La segunda moto, en cambio, ya no pude esquivarla. Me dio de lleno con las ruedas y me hizo caer. Acto seguido la primera volvió hacia mí y me arrolló materialmente.

Era un ataque bestial.

Pensé que querían matarme.

Los dos desconocidos no eran, por supuesto, los mismos que yo

envié al hospital. Pero se parecían mucho. Los mismos cascos, las mismas botas vaqueras, la misma chaqueta llena de insignias, la misma roña. La única diferencia radicaba en que esta vez me habían sorprendido de lleno y los papeles estaban invertidos. Esta vez el «paquete» era yo.

Uno de ellos me dejó caer la moto encima.

Era una «Guzzi» 400.

Me pareció que pesaba una tonelada.

Con la máquina me inmovilizó totalmente, de modo que no pude levantarme del suelo. Gemí mientras pensaba que estaba del todo indefenso. Me acordé de sus madres, de sus tías, de sus primas segundas. De sus padres no, porque a sus padres no los conocían y quizá les hubiera dado una pista. Los fulanos vinieron hacia mí y empezaron a patearme con sus botas.

Eran botas de tacón.

Y usted no sabe el daño que hace un tacón cuando a uno se lo clavan en ese sitio que a uno le miran en el examen médico militar antes de gritar: «¡Apto! ¡Que pase el siguiente!».

Intenté acurrucarme debajo de la moto.

Me atizaban en los flancos y buscaban mis riñones.

Sentí que perdía el conocimiento.

Uno de los verdugos gritó:

—¡Así no! ¡Así no, bestia! ¡Dale donde te han enseñado! ¡Mira! ¡Mira!

Me dieron en la mandíbula.

Total, que le daba lecciones al otro de cómo hay que acabar con un tío.

El otro era un buen alumno.

Pobrecillo.

Un matrícula de honor.

La paliza que me daban era de muerte, sin que yo pudiera hacer nada por moverme. Empecé a vomitar sangre. No pedí socorro porque me dio vergüenza y porque sabía que era inútil. Pero me sentí morir.

Los dos verdugos se apartaron al fin lentamente.

Me pareció que uno decía:

—¡Así no volverás a meterte con nuestros amigos! ¡Así tendrás lo que ellos han tenido!

Logré barbotar:

—Vuestra ma... ma... ma...

—¿Qué...?

Iba a decir «vuestra mamá». Y lo que usted imagina. O algo peor que usted no puede imaginar siquiera.

Pero en lugar de eso barboté:

—Vuestra máquina me pesa...

Me dieron en la mandíbula un último punterazo que me hizo sentir como una llamarada en todo el cráneo. Luego dejé caer la cabeza a un lado y perdí el conocimiento.

Ni me enteré de que me quitaban la moto de encima. Y eso que el carburador por poco se me queda colgado de una oreja.

CAPÍTULO VII

—Fue el último golpe el peor —me explicó Topper dos horas más tarde, cuando recobré el conocimiento—. Hemos podido reconstruir la historia de la paliza sopapo a sopapo, Barness. Crea que lo siento. Y a causa del último golpe hemos tenido que soldarle la mandíbula.

—¿Dónde... dónde estoy?

—Cállese. No hable.

La verdad es que toda la boca me dolía horriblemente. Me limité a mirar y vi que estaba en una habitación blanca. Se trataba de una pieza del Hospital Comarcal de Maddox. Seguro que estaba a menos de veinte yardas de los dos granujas a los que yo conseguí zurrar.

—Tengo que salir de aquí —dije.

De repente, sentía miedo.

—Saldrá mañana, Barness. No puede hacerlo antes porque tenemos que observarle.

—¿Cómo... estoy?

—La palabra exacta es molido. Ha sido una paliza de muerte. Pero tiene usted una resistencia increíble y además es joven. Dicen que se pondrá bien.

—¿Y aquellos... hijos de perra?

—¿Cuántos eran? —me preguntó Topper.

—¿No lo sabe? ¿Es que no los han capturado?

—Hemos encontrado las huellas de dos motos de gran cilindrada, pero nada más. Los técnicos están sacando moldes en este momento. Los que le atizaron habían desaparecido. Y oiga una cosa, Barness.

—¿Qué...?

—Todo esto es una venganza. Usted envió al hospital a dos de ellos, y los otros le han enviado al hospital a usted. Son cobardes y siempre actúan en bandas. Aún puede dar gracias a Dios de seguir

vivo.

Cerré los ojos.

Mi cerebro trabajaba a cien por hora.

Y creo que siguió trabajando a cien por hora cuando perdí el sentido otra vez. Cuando me quedé dormido.

A la mañana siguiente me sentí mejor.

Yo creo que mi cerebro había seguido trabajando a cien por hora durante toda la noche y por eso me dolía la cabeza, pero mi estado general resultaba bastante más pasable. Sólo la mandíbula recién soldada me dolía. Hacía falta ser tonto para no darse cuenta de que aquellos dos hijos de perra pudieron haberme matado tranquilamente.

Me trajeron un desayuno compuesto principalmente de líquidos y con eso me recomforté un poco. Luego me dieron un calmante y los dolores en la mandíbula se fueron amortiguando.

Hacia el mediodía vino Topper.

Topper traía a la chica.

A Virgin.

Y yo me olvidé de mi mandíbula al verla. Al tener delante su cuerpo maravillosamente construido, me olvidé por unos momentos de mi cuerpo hecho polvo.

—El sargento me ha explicado lo que pasó —musitó Virgin—. Crea que lo siento... Me considero un poco responsable.

—¿Por qué?

—Aquellos dos salvajes se vengaron por el hecho de que usted me defendió.

—Olvídese de eso, Virgin. Usted no tuvo ninguna culpa. ¿Cómo se siente ahora?

—Mucho mejor. En el hospital ya me han dado de alta.

Tuve un mal pensamiento. Me dije que eso de darla de alta era un error. Me hubiera gustado tenerla a mi lado un poco más de tiempo.

Bueno, uno es un pobre salvaje.

Ya lo habrán notado ustedes.

Todo esto que pienso me pasa porque nunca he tenido a chicas como Virgin.

Traté de disimular el brillo de mis ojos y murmuré:

—¿Qué piensa hacer ahora? ¿Seguir viaje a Londres?

—Me iré en tren dentro de dos días. Pero no he querido dejar pasar esta oportunidad de darle las gracias, señor Barness.

Hice un gesto que no significaba nada o significaba muchas cosas.

Topper, zorro viejo, se dio cuenta de que significaba muchas cosas.

—Ya tendrán tiempo de verse en dos días —murmuró—. Oiga, Barness, usted puede salir al anochecer e irse a dormir a su casa. El doctor Clemens ha dicho que está mejor.

—No recuerdo que el doctor Clemens me haya visitado —susurré.

—Lo ha hecho delante mío mientras usted descansaba. Fue él quien le soldó la mandíbula. Y ahora olvídense de este mal trago y procure escribir. En la fonda donde está usted hospedado, quieren cobrar a tocateja.

Demasiado lo sabía yo.

Y demasiado sabía también que iba a ser incapaz de escribir una línea en los próximos días.

—¿No ha pasado nada en casa de los Willard? —musité.

—No, no ha pasado nada.

—¿Ha reforzado la vigilancia, Topper?

—No necesito que nadie me diga lo que he de hacer, Barness. Claro que la he reforzado. Además, ya han llegado dos detectives de Scotland Yard y ellos son los responsables de la investigación ahora. Allá se las compongan.

Comprendí que Topper estaba molesto porque los acontecimientos le habían desbordado. Pero también me habían desbordado a mí, y encima tenía la mandíbula convertida en el capó de un coche siniestrado. De modo que le recomendé tener paciencia.

Cuando se fueron, confieso que me puse a pensar en las curvas de Virgin.

Malvado que es uno.

Y en las de Ann.

¡Pero qué cerdo soy! ¡Qué cerdo!

¡Si ustedes llegan a saber la de cosas que se pueden pensar con dos chicas como esas...!

Tengo la disculpa, sin embargo, de que pensaba en ellas para no

dejarme arrastrar por una obsesión mucho mayor. Obsesión que aquella noche, cuando salí del hospital, me arrastró como un sonámbulo a la casa del doctor Clemens.

Él me recibió enseguida.

Era el tipo que me había soldado la mandíbula. El único médico veterano de la ciudad de Maddox y el de mayor prestigio. También era él, lógicamente, quien mangoneaba las cosas en el Hospital Comarcal.

Debía tener unos cincuenta años. Su mirada era inteligente, pero fría y siempre alerta. Sus ojos parecían los de un pez.

—Doctor —dije—, quisiera que me diese el último vistazo. La mandíbula todavía me duele.

—Es natural. Tuve que soldarle el hueso y eso molesta durante bastantes días. Y ojo con que se la toquen.

—Ya sé que es grave. Más de un boxeador con desgracia ha muerto por un golpe así —musité—. ¿Cree que tendré complicaciones?

—No; espero que no tendrá ninguna.

Sacó una caja de calmantes de un armario y me la entregó. Sus ojos parecían más que nunca los de un pez; me miraban desde detrás de las gafas como desde detrás de una pecera.

—Esto le calmará —dijo—. Tome una pastilla cada doce horas. Después de todo salió bien librado, teniendo en cuenta que aquellos salvajes querían vengarse por lo de sus amigos.

Chasqué dos dedos mientras intentaba reír. Mi mandíbula no me lo permitió. Creo que debí hacer una mueca.

—Doctor Clemens —dije con toda finura—; me toca usted las narices.

Él me miró con desconcierto.

—¿Qué pasa?

—¿Cómo sabe que a aquellos dos motoristas los golpeé yo? La noticia se la di personalmente a Topper, y no creo que Topper se lo dijera.

Clemens me miró torvamente e hizo una mueca de desprecio, como si estuviera ante un estúpido.

—Esas cosas se saben —murmuró—. No se haga ilusiones, novelista de tres al cuarto. No es usted lo bastante importante para que la policía le guarde los secretos.

—Esas cosas se saben si uno tiene mucho interés en averiguarlas —dije—. ¿Por qué tuvo interés, doctor Clemens? ¿Y por qué les indicó con tanto detalle a aquellos dos tipos los sitios en los que tenían que pegarme?

Vi que palidecía intensamente.

Su mirada de tiburón pasó a ser simplemente una mirada de trucha.

—No sé a qué se refiere —musitó.

—A uno de aquellos tipos se le escapó: «Pégale donde nos han enseñado». ¿Y quién les había enseñado? ¿Quién les dio las instrucciones para una paliza tan científica?

—Está usted desbarrando, Barness. ¿Qué quiere? ¿Qué le denuncie por coacciones a la policía?

—Antes dígame por qué contrató a aquellos dos tipos. Y por qué les hizo fingir que me pegaban por venganza, cuando en realidad me dieron esa paliza o bien para matarme o bien para dejarme lisiado y hacer que me fuese de aquí con el rabo entre piernas.

—¡No diga usted más locuras, Barness! ¡A la próxima palabra que suelte, llamo a Topper!

Intenté reír otra vez, pero me bailaban no sé cuántos huesos dentro de la cabeza, de modo que decidí dejar lo de la carcajada para otro día.

—Usted sabe que estoy sobre una pista, Clemens —amenacé—, y por eso ha tratado de liquidarme o al menos de echarme de aquí. Y si estoy sobre una pista y esa pista le afecta a usted, la deducción es clara: tiene algo que ver con esas muertes. De modo que dese prisa en organizar, por ejemplo, una confesión espontánea que quizá le libre de la cadena perpetua. Es mi consejo.

Noté que el tipo tenía miedo.

Sus ojos de trucha se estaban transformando en unos ojillos de sardina, que es un pez mucho más tímido y mucho más modesto.

—Me está coaccionando, Barness —masculló al cabo de unos instantes—. Me está insultando y haciéndome objeto de amenazas. Todo eso lleva a un sitio que yo sé: la policía. Voy a llamar enseguida al sargento Topper.

Le señalé el teléfono.

—Hala, llámele. También tiene aquí a dos detectives de Scotland Yard, por si quiere ampliar la cosa. Pero yo también hablaré con

Topper, amigo Clemens. Yo también tengo boca, aunque mi mandíbula haya tenido que pasar por el taller de reparaciones.

Di media vuelta y salí.

No pude advertir por tanto que los ojos de aquel tipo habían cambiado un poco. En este momento eran de serpiente.

Mientras paseaba por la tranquila calle principal de Maddox, con todas las tiendas ya cerradas, me dije que el doctor Clemens debía estar nervioso, y que eso precipitaría un nuevo golpe contra mí.

En el fondo, eso estaba esperando. Como yo no tenía más que sospechas, había tratado de ponerle nervioso para que se destapase. Si intentaba algo más contra mí, se acusaría a sí mismo.

Claro que eso sería si me dejaba tiempo para reaccionar.

La primera vez me habían dado una paliza capaz de dejarme molido todo el cuerpo. La segunda vez podían enviarme una bala.

Por si acaso, traté de darme ánimos a mí mismo.

Me sujeté la mandíbula, que parecía como si se estuviera despegando por momentos, y susurré:

—Tú tranquila, chata.

CAPÍTULO VIII

Ann se movía como una sonámbula por las habitaciones de la casa. Le estaba ocurriendo algo muy extraño y que no le había ocurrido hasta unos días antes del asesinato del viejo Willard: iba con las manos siempre tendidas hacia adelante, como si no conociese el mundo que la rodeaba. Tropezaba con los muebles. Parecía una muchacha que acabara de quedarse ciega, cuando en realidad estaba ciega desde los diez años de edad.

Antes Ann conocía la casa de una manera perfecta.

Iba de un lado a otro con la seguridad de una persona que ve, pero para eso necesitaba que los muebles estuvieran siempre en el mismo sitio. Y los muebles estaban cambiados ahora. Cada día los salones temen un aspecto nuevo para ella. Donde antes hubo un camino libre, ahora se cruzaba un diván. Donde antes podía encontrar una silla, ahora encontraba una ventana abierta y que le daba la sensación de ir a caer al abismo.

Mansholt, el más veterano de los dos detectives del Yard enviados a Maddox, la encontró llorando aquella tarde.

—¿Qué le pasa, Ann? ¿Es que alguien ha intentado algo contra usted?

—No... No me pasa nada.

—Hace poco tiempo que estoy aquí, pero ya me he dado cuenta de que sus hermanastras, Rosy y Peggy, no la quieren demasiado. ¿A qué se debe eso? ¿Le atribuyen alguna culpa por el hecho de estar usted con Bill cuando murió?

—Yo ya expliqué lo que había pasado. ¡Y es la verdad! ¡Bill me dijo que podía usar su cuarto de baño porque los grifos del mío no funcionaban!

—Hemos comprobado eso —dijo Mansholt—, y lo hemos comprobado por dos caminos: por los grifos, que efectivamente estaban estropeados, y por la declaración de un criado.

Ann alzó un poco el rostro. Mostró claramente a Mansholt sus mejillas, por las que resbalaban las lágrimas.

—¿Cómo dice? ¿Un criado? —musitó—. Estoy segura de que no había nadie con nosotros cuando él me habló.

—Cierto, pero luego Bill hizo un comentario con un criado. Le dijo que habría que arreglar al día siguiente los grifos del cuarto de baño de usted y que mientras tanto usted quizá usara el suyo. De modo que todo concuerda.

La muchacha no hizo ningún comentario.

Hundió la cabeza otra vez mientras se sumergía en sus pensamientos. Mansholt abrió un portafolios que llevaba en su mano y miró lo que parecía un catálogo de muebles. En realidad, eran fotografías obtenidas de todos los rincones de la casa cada vez que un cadáver fue encontrado en ella. Hizo una mueca y lo volvió a cerrar.

—Es extraño, Ann —musitó—. Los muebles de esta casa están cambiando continuamente de sitio.

Ann clavó en él sus ojos llenos de lágrimas. Sus ojos que no podían verle.

—¿De qué cree que me quejo? —musitó—. ¿Por qué piensa que estoy llorando así? ¿Porque el Manchester no va a ser campeón de liga?

Mansholt apretó los labios.

—¿Con qué objeto los cambian? —preguntó calmamente.

—Supongo que con el de desorientarme. Quieren que yo me vea perdida en esta casa.

—Pero ¿qué obtendrían con ello, Ann?

Ann no contestó.

Mansholt dijo suavemente:

—Tenderle una trampa... ¿quizá eso?

Ann tampoco dijo una palabra. Pero Mansholt ya se había hecho sobre aquello una idea muy concreta.

—Comprendo que no quiera acusar a nadie, Ann. ¿Pero piensa que son sus hermanastras?

—Ellas no cambian nada. Lo hacen los criados y las mujeres de la limpieza.

—¿Por orden de quién?

Ann tampoco contestó. Tenía los labios apretados en una amarga

mueca.

Mansholt le dio un suave cachetito en la mejilla.

No podía evitarlo: aquella muchacha le daba pena. Y le inspiraba también tanta angustia que sentía por ella un verdadero miedo físico.

Se dirigió a uno de los hombres de Topper, que estaba en la puerta. Le habló en un susurro:

—Cuidado, William. Esa chica está indefensa y no me lo perdonaría nunca si le ocurriese algo. No la pierda de vista ni de día ni de noche.

—Así lo haré, inspector.

—Pero cuidado con los métodos rutinarios. A ustedes se les puede despistar con cualquier treta.

—Lo sé, inspector. Ya sé que nosotros no hemos estudiado en la Escuela Especial de Detectives —dijo William con sorna.

Mansholt prefirió no contestar, dándose cuenta de que había cometido un error. Acababa de dar un resbalón innecesario y ahora tendría a aquel hombre en contra.

Mansholt apretó los labios.

¿Engañarle a él? ¡Vaya, hombre!

Pero pronto sabría que, en efecto, hay métodos rutinarios. Como por ejemplo no saberse de memoria la casa donde uno vigila.

Pronto sabría también que la astucia de una mujer vale más que los ojos de un policía, sobre todo si ese policía ya está mareado porque en la casa hay tres chicas llenas de curvas.

Ann se dio cuenta de que la vigilaban —de que la protegían más bien— e ideó un truco muy sencillo para estar sola, ya que necesitaba estar sola a fin de desarrollar su plan: fue al cuarto de baño.

El cuarto de baño es un sitio muy privado, sobre todo para una señorita en edad de merecer.

De modo que William, que había seguido discretamente a la ciega, tuvo que quedarse fuera.

Lo que no sabía —al conocer la casa de un modo demasiado rutinario— era que aquel cuarto de baño tenía otra puerta que daba al vestíbulo de servicio, y que desde el vestíbulo de servicio se podía llegar a los pisos superiores por una escalera secundaria. Eso fue lo que hizo Ann. Ya estaba en las habitaciones de arriba

mientras William aún se preguntaba qué era lo que le podía haber sentado mal a una chica tan estúpida.

Ann entró poco a poco en aquel mundo remoto, lleno de misterios, de silencios y de inquietudes que había sido el dormitorio del viejo Willard.

Todo estaba tal como él lo dejó al morir.

La habitación olía a cerrado.

A misterio.

Y también a amenaza que podía llegar no se sabía de qué parte.

Ann entró poco a poco en aquel recinto cerrado, quieto, donde todas las cosas parecían conservar la personalidad del muerto. Por el calor que llegaba desde su derecha sabía que unos rayos de sol entraban en la habitación, pero para ella todo eran tinieblas. Se acercó a una de las paredes y la palpó.

Fue entonces cuando oyó por primera vez aquel ruido.

Le pareció que alguien estaba a su espalda.

Pero era una sensación muy confusa. Y a veces los sentidos engañan incluso a una ciega. Juegan malas pasadas y crean fantasmas que no existen.

Ann siguió apretando la pared.

Conocía bien los muebles.

La distribución exacta de la habitación.

Allí, al menos, no había cambiado nada. No le habían puesto trampas porque no esperaban que ella entrase en aquel lugar.

En el dormitorio del viejo Willard se sentía segura.

Y eso que era un lugar de muerte.

Sus manos encontraron el secreter.

Fue a mover un pequeño resorte.

Y entonces oyó otra vez el ruido con más claridad.

Incluso le pareció como si sonara a su espalda una respiración levemente ansiosa.

Se volvió de pronto.

Las sombras la rodeaban más espesas que nunca. El miedo hacía, sin embargo, que aquella oscuridad se poblara también de siniestras estrellitas.

—¿Quién está ahí?

La pregunta había sido apenas un susurro. La voz faltaba en la garganta de Ann.

—Diga... ¿quién está ahí?

Nadie contestó.

Pero Ann hubiera jurado que la respiración seguía oyéndose, quieta y acompasada, ahora frente a ella.

Poco a poco el silencio se fue imponiendo de nuevo.

Menos mal que no se oía ninguna música. No se oía a los Rolling Stones. La ciega pensó que sus sentidos le habían jugado una mala pasada.

Los minutos transcurrían interminables. Pero pensó que el policía aún debía estar aguardando abajo y por eso Ann decidió darse prisa al final. Rozó un resorte del secreter y abrió un cajoncito que no era lo que se dice secreto, pero que tampoco podía ser visto en un examen superficial.

Dentro había unos papeles.

Sobres. Cartas.

Ann introdujo la mano para rozarlos.

Y entonces percibió de nuevo, pero con más claridad que nunca, el sonido a su espalda. Entonces se dio cuenta de que alguien había estado tras ella todo aquel tiempo. ¡De que la habían estado espiando!

Balbució:

—Pero... ¿pero quién está ahí?

Ahora ya no hubo disimulos.

Sus sentidos sobreexcitados percibieron con claridad aquella respiración.

Y los pasos.

Los pasos que avanzaban hacia ella.

—No... —Pudo apenas balbucir.

Porque había notado también el avance de las manos.

¡Las manos que iban a caer sobre su cuerpo...!

CAPÍTULO IX

Cuando vi que la chica abría el cajón semisecreto, avancé hacia ella. Le puse las manos sobre los hombros con gesto suave, para que comprendiera que no quería hacerle daño, y dije con voz tranquilizadora:

—Por favor, Ann... No grites. No trato de hacerte ningún daño. Ella tenía los ojos desencajados.

Era una reacción puramente nerviosa, puesto que no podía verme.

Sin embargo no gritó.

Me apartó poco a poco las manos de los hombros mientras preguntaba con desaliento:

—¿Por qué no me has contestado al principio? ¿Por qué no me has dicho que eras tú, y me hubiera ahorrado todo este miedo? ¿Qué te pasa, Barness?

Hundí la cabeza.

—Quería que me descubrieras tu pequeño secreto, Ann —confesé—. Sospechaba que ocultabas algo, mejor dicho que buscabas algo en esta habitación. Y si llego a decirte que estaba aquí, tal vez me hubieras dado cualquier excusa y no habrías seguido buscando.

Ann no pareció demasiado sorprendida. Más bien noté en su expresión un inmenso alivio. Palpó el secreter y encontró —puesto que sabía dónde estaban— unos cigarrillos. Se puso uno en los labios y yo le prendí fuego.

—¿Cómo has podido llegar hasta aquí? —me preguntó con voz trémula, mientras exhalaba una bocanada de humo—. A mí me ha costado mucho.

—Topper me ayuda —confesé—. Cuando yo tengo que pasar por una puerta vigilada, él llama al agente que la guarda y lo distrae con cualquier cosa. Está haciendo eso por una sola razón: cree que

yo puedo descubrir también algo.

—Hum... ¡Habrase visto! ¡Confiar en un novelista...!

—Sí, ya lo sé —dije modestamente—. Es una barbaridad, pero los novelistas pasamos temporadas de hambre y el hambre espabila. Por lo pronto ya he descubierto algo que Topper ignora todavía. ¿Qué son esas cartas?

Ella debió comprender que ya no servía de nada esconderlas. Me las entregó.

—Yo sabía que mi padraastro ocultaba algo en este secreter —musitó—. Correspondencia muy privada, naturalmente. Lo noté porque una vez, para darme dinero, sacó de ahí un talonario de cheques. El viejo Willard tenía una cuenta bancaria que ignoraban sus hijos, supongo que para sus pequeños vicios, o para tener un remanente a salvo de sus herederos. Entonces me dijo que el secreter tenía un cajoncito especial. Pensó que yo no sabría encontrarlo nunca, pero los ciegos somos más listos de lo que la gente cree.

—¿Y por qué lo has buscado ahora?

—Ya había olvidado su existencia —musitó ella con voz insegura—, pero de pronto he recordado que ahí podría haber algo importante. Tres asesinatos son una cosa demasiado sería para andarse con remilgos. No sé si eso se lo enseñaré a la policía o no; depende de lo que sea.

Miré hacia el fondo del cajón.

Ella no me mentía.

Había, en efecto, un talonario de cheques contra el Barklay's

Bank, una empresa familiar que tiene clientes muy antiguos. Lo abrí y observé que el saldo estaba anotado: cincuenta mil libras. La cifra era alta para tratarse de una simple cuenta de gastos personales, pero hay que recordar que el viejo Willard nadaba en la abundancia. Observé también que sólo faltaban tres cheques, y en el margen de las matrices estaba anotado el concepto.

Era una pista sensacional, una pista que Topper no hubiera soñado encontrar nunca.

Anoté los datos en mi memoria.

La referencia del primer cheque indicaba que la muchacha no me había mentido en absoluto. Decía en la letra del viejo: «500

libras Ann para gastos propios».

—Fue un buen regalo —musité.

—Sí —suspiró Ann—. Mi padrastro, cuando quería, era generoso. ¿Tienes el libro de cheques, no?

—Exacto.

Y seguí leyendo.

Los otros dos talones tenían la misma cifra: 3000 libras. Y la referencia era simplemente: «Envío a C».

Aquello, de momento, no aclaraba gran cosa.

Pero aún tenía las cartas. Y las cartas, aunque estaban escritas a máquina y sin firma, sí que me lo aclararon todo.

Lancé un silbido al leerla.

La primera decía:

«He recibido su envío, pero me parece insuficiente.

Acordamos en mi consultorio que sería más generoso.

Dóblelo o pague las consecuencias del modo que usted sabe».

La segunda contenía esto:

«Acabo de recibir su segundo envío y observo que ha doblado la cifra. Seis mil ya es otra cosa. Pero usted y yo tenemos que seguir hablando, Willard. No deje de acudir a mi consultorio o lo lamentará. Le anticipo que soy un hombre razonable y que llegaremos a un acuerdo».

Dejé las cartas sobre el secreter.

Lo único que pude decir fue:

—Diablos...

Las manos de Ann temblaban.

—¿Es importante? —suspiró.

—Mucho.

—¿Qué sabes?

—Tu padrastro, el viejo Willard, estaba siendo víctima de un chantajista no profesional. Digo que no era un profesional porque, pese a unas precauciones mínimas, sus cartas permiten identificarle, y ése es un fallo que un experto no cometería. Tu padrastro le dio

tres mil libras y luego se vio obligado a doblar la cifra. Pero por lo visto ese puerco aún no estaba satisfecho y le amenazó de una forma velada. Quizá se encontraron más tarde, discutieron y esa pudo ser la causa de la muerte.

—No olvides que hay más muertes, Barness: hay tres.

—Cierto. Pero es posible que los dos hijos de Willard supieran algo y por eso el chantajista los eliminara también.

Ella se llevó un momento las manos a la cara.

—¿De quién estás hablando, Barness? ¿De quién?

—Las cartas no llevan firma, pero en la referencia de los cheques bancarios hay una «C». Y en las cartas se menciona la palabra «consultorio». Eso indica que sólo puede tratarse del doctor Clemens. Y si te digo que el doctor Clemens pagó a dos granujas para que trataran de matarme, comprenderás que la cosa está más clara que el agua.

Ann se estremeció.

—El doctor Clemens... —musitó—. ¿Y qué interés podría tener él?

—Ya te digo que es un asunto de chantaje, y ello me obliga a hacerte una pregunta: ¿iba el viejo Willard al consultorio?

—Sí. Alguna vez.

—¿Con qué objeto?

—Dijo que se hacía exámenes regulares. Una especie de chequeo.

—Clemens es un médico de pueblo. No tenía elementos para hacer un examen de esa clase.

—De acuerdo, pero... ¿qué sé yo? Sólo te explico lo que mi padrastro decía.

—¿Padecía alguna enfermedad de la que no quería que se hablase?

Ella dibujó en su rostro una expresión de desconcierto.

—No sé a qué viene eso —dijo—. Estaba sano.

—Imaginemos una enfermedad venérea —susurré—. Una sífilis contagiada por una prostituta. Para un hombre del prestigio del viejo Willard, eso hubiera sido vergonzoso.

—Pero, Barness... Tú eres tonto.

—Cuerno, encima eso.

—En primer lugar, mi padrastro ya era un viudo algo mayor. A

los sesenta y cinco uno va detrás de las mujeres muy poco. Vamos, digo yo. Y no veo qué razón tendría para frecuentar prostitutas callejeras y llenas de virus un hombre que disponía de las secretarias más guapas de Londres. Un par de alusiones bien hechas y yo te aseguro que la mitad de esas secretarias hubieran hecho cola en la puerta de esta habitación.

Comprendí que la muchacha tenía razón.

Yo, que me las doy de hombre que se las sabe todas, tenía que admitir lecciones como si fuera un niño.

Ann añadió además:

—Y, ¿qué quieres que te diga...? Ahora eso de las relaciones con mujeres se ha hecho tan intrascendente, al menos en Inglaterra, que no creo que un hombre como Willard tuviera que avergonzarse por un accidente. Y menos admitir un chantaje. No... Tuvo que ser algo más grave.

—Maldita sea... —dije—. ¿Y un cáncer? ¡Eso es! ¡Clemens sabía que tu padrastro tenía una enfermedad incurable! ¡La divulgación de esa noticia podía enviar al diablo los negocios del viejo antes de que éste tomara medidas! ¡Piensa que los asuntos de Willard, los negocios en que estaba metido, aún dependían mucho de su influencia personal!

Noté que Ann reflexionaba.

La que yo acababa de dar, era una razón de peso.

—En todo caso tendrá que ser el propio Clemens quien nos saque de dudas —musitó—. Ahora, al menos, ya hay una pista que apunta en una dirección.

Apreté los puños.

—Sí, muchacha —dije—. Y voy a ponerme en movimiento sin perder un minuto. Hablaré con Topper.

—Sólo te ruego una cosa, Barness.

—¿Qué?

—Si aparece algo que ensucie la memoria del viejo Willard, te suplico que no la comprometas.

Quise darle un cachetito cariñoso, para tranquilizarla en eso, pero terminé acariciando su fina barbilla.

¡Qué piel más fina tenía! ¡Qué sedosa! ¡Y qué mandíbula más entera! ¡No era como la mía...!

—Topper es un hombre muy discreto —musité—, y te juro que

yo también sabré serlo.

—Gracias, Barness.

—De nada, Ann. Te las tengo que dar a ti. Tú eres la que lo ha descubierto todo.

Y fui a soltarle la cara. Pero no podía.

La piel tan fina, la cara tan perfecta, los ojos sin luz y sin embargo tan radiantes...

Y encima aquel sol dorado que daba una tonalidad de trigo maduro o su cabello...

Ella pareció notar mi ansiedad. Musitó:

—¿Qué te pasa, Barness?

—Que soy un hijo de perra, Ann.

Ann preguntó con la mayor naturalidad:

—¿Sólo eso?

Y me ofreció los labios. No podía verme ni verse, pero supo encontrar la posición exacta, la abertura perfecta, la posición condenada de dos bocas que quieren tropezarse en el camino del beso. No sé quién de los dos tuvo la culpa. El caso fue que la abracé con ansia, que la besé, que le dejé toda la cara marcada.

Ella dijo con más naturalidad todavía:

—No lo haces bien, Barness.

—Es que tengo la ma... ma... mandíbula rota.

—Pues vuelve cuando te la curen, hombre. A ver si has hecho progresos.

La tomé por un brazo y avanzamos hacia la puerta. No me atreví a más con ella.

Aquella chica me desconcertaba. Tenía un misterio que me dejaba sin respiración. Tenía algo que ponía a hervir la sangre hasta lo más alto de la escala del señor Fahrenheit.

Era demoledora.

Para salir, hundidos en nuestros pensamientos, empleamos maquinalmente la ruta que ella había seguido. Yo creo que ninguno de los dos nos dimos cuenta. Pero descendimos las escaleras secundarias, entramos en el cuarto de baño por la otra puerta y salimos cogidos del brazo ante las narices del bueno de William, que esperaba todavía.

El asombro más vivo, más absoluto, se reflejó en sus ojos.

—Cuerno... —musitó—. Yo ya estaba enterado de que en este

país se hacían muchas cosas, pero esta combinación sí que no la sabía...

CAPÍTULO X

La casa estaba totalmente vacía de personas extrañas cuando Ann llegó a la biblioteca.

Sabía que fuera, en el parque, patrullaban los hombres del sargento Topper y al menos uno de los detectives llegados expresamente de Scotland Yard. Incluso habían obtenido la ayuda de dos perros. Pero dentro de la casa sólo estaban los familiares y los criados, ya que la ley es extremadamente respetuosa con la intimidad de la familia inglesa.

Ann avanzó entre las tinieblas.

No sabía si había luces encendidas o no.

Para ella todo era lo mismo.

Sus dedos tantearon las estanterías repletas de libros.

Y de nuevo volvió a tener aquella sensación enervante, casi brutal: las cosas no estaban en su sitio. Se volvió a sentir acorralada en un mundo que era completamente desconocido para ella.

Pero no fue eso solo.

También tuvo la sensación que había tenido aquella mañana, antes de tropezar con Barness: alguien estaba allí, alguien estaba cerca. Y ahora Barness no podía ser. Ann captaba un levísimo rumor, como el que produciría una persona que quisiera pasar desapercibida.

—¿Quién está ahí? —musitó.

No le contestó nadie.

Sólo captaba una respiración quieta, ansiosa.

No era como la de la mañana, más o menos sosegada y tranquila. Ahora era como la respiración de una bestia al acecho.

—¿Quién está ahí?

Silencio. Otra vez aquel silencio enervante de los museos y de las tumbas.

—¡Sé que hay alguien! ¡Quiero saber quién es! ¡Dígamelo...!

¡Por favor, dígamelo!

Le pareció que la respiración se hacía más ansiosa y más próxima. Ann tuvo la sensación de que iban a saltar sobre ella.

Quiso terminar.

No podía continuar ni un segundo más allí. Sus dedos febriles pasaron velozmente sobre los lomos de los libros.

Tomó uno de ellos y fue a salir.

Pero tropezó.

¡Aquel diván no estaba allí un minuto antes, cuando ella pasó!
¡Le habían puesto una barrera!

Lanzó un gemido.

—¡Por favor, aparten esto! ¡Apártenlo, se lo ruego! ¡No me hagan daño!

Otra vez el silencio viscoso, aberrante, espeso.

Ann sabía que iba a encontrar la salida siguiendo la línea de las estanterías de libros. Bordeó el diván y trató de seguir por ella.

Durante un instante lo consiguió.

Calculó que ya le faltaba poco para llegar a la puerta.

Pero en aquel momento tuvo que ahogar un grito. Había captado un leve roce en sus piernas. Era algo suave, tan suave como una serpiente.

Se estremeció de horror.

Pero, al bajar un poco las manos y palparlo, se dio cuenta de que no era nada macabro. Le habían arrojado a los pies un asiento o *puff* moruno de piel repujada. Sin embargo su pánico aumentó porque se dio cuenta de algo muy claro: ¡estaban tratando de acorralarla!

De pronto se sintió dominada por el miedo.

Echó a correr.

Intentó llegar alocadamente hacia la puerta, aun sabiendo que podía equivocarse de camino.

No se equivocó.

Su instinto le dijo que debía bordear las dos butacas centrales. Y las bordeó. Por un momento estuvo en el buen camino.

Hasta que alguien puso aquella silla en él. Hasta que Ann tropezó y, a causa de su propio impulso, dio casi una vuelta de campana en el aire.

Se estrelló contra una mesa.

La lámpara que estaba sobre ella cayó al suelo y la pantalla se desencajó de pronto, creando una sucesión fantasmagórica de sombras.

Ann tuvo por un momento la angustiosa sensación de que se hundía en un abismo. Pero de sus labios escapó apenas un leve «Ooooooh» de angustia y de impotencia.

El taconeo se oyó entonces junto a ella.

Era un taconeo suave, siniestro.

Pero la expresión de angustia que había en el rostro de Ann se transformó en una mueca de dolor y de impotencia al musitar:

—Rosy... ¿por qué haces esto?

La voz de una de las gemelas llegó entonces claramente hasta ella.

—Conque me has reconocido, ¿eh? Vaya con la mosquita muerta.

—Es fácil... —dijo Ann con un gesto de pesadumbre—. Tienes un modo de andar que tu hermana Peggy no tiene. Tú andas casi sobre las puntas de los pies.

—Eres bastante lista para ser una ciega —dijo entonces sarcásticamente la voz—. Aunque a mí no me vengas con mandangas. Tú estás recobrando la vista. Tú ves más de lo que parece, nena.

—¿Yo...?

—¿Cuándo se ha visto a una ciega entrar en una biblioteca para llevarse un libro a la cama?

Ann tendió en silencio el volumen del que no se había separado aún. Lo puso casi en las manos de Rosy.

Ésta hizo un gesto de rabia.

Era un texto para ciegos. Era una historia resumida de Francia escrita en el sistema Braille.

—Ya ves que no hay ningún secreto —dijo con tristeza Ann—. Desgraciadamente no hay ningún secreto. Y si conocieras mejor la casa sabrías que tu abuelo había destinado un rincón de la biblioteca para libros que yo pudiera leer. Libros para ciegos.

—Sí... —La voz era más sarcástica cada vez—. Mi abuelo te quería mucho... ¡Y qué casualidad! ¡Descubrió de pronto una ahijada de casi veinte años! Hasta a veces pienso que...

La expresión de Ann, que hasta entonces había sido ansiosa, se

hizo repentinamente dura.

—¿Qué piensas, Rosy? Vamos, dilo.

—Pienso que hay zorras de todas clases. Y hasta habrá alguna tan zorra, tan zorra que se preste a los caprichos más innobles y más «respetables» de un viejo.

Las facciones de Ann se volvieron de color grana.

Barbotó:

—No puedo evitar que me insultes a mí, Rosy... No, no puedo evitarlo. Pero al menos no ensucies de ese modo la memoria de tu abuelo.

De la oscuridad que rodeaba a la ciega llegó una risita áspera y burlona.

—Muy bien, santita... Protesta lo que quieras. Pero dime si no es casualidad que el millonario Willard ahijara una chica como tú, cuando hay millones de niños sin padre.

—Yo no tengo padres ni tengo ojos. ¿Te parece poco?

—Bueno... —Rosalie pareció desconcertada un momento, pero estaba decidida a mantenerse insultante hasta el final—. Comprendo que no debiera pensar eso. Pero tú me has dado pruebas.

—¿Pruebas...?

La voz de Ann era apenas un murmullo agónico.

Rosalie continuó:

—Peggy te encontró en el dormitorio de tío Bill. Y con una camisita transparente. ¿Qué hacías allí? ¿Pedías que te explicara la historia de todas las cortesanas de Francia?

—¡Rosalie, no tienes derecho a decir eso! ¡Todo el mundo sabe por qué estaba allí!

—¡Sí! ¡Claro que todo el mundo lo sabe! ¡Se te había muerto un cliente y necesitabas otro!

La brutal frase quedó flotando en el aire. La voz de Rosy al lanzar aquel insulto salvaje pareció formar en la atmósfera de la biblioteca como una serie de espirales sólidas. Los ojos sin vida de Ann parecieron mirarle con una patética mueca de horror.

—Rosalie... —barbotó al fin—, te lo suplico...

Se oyó el relajarse del cuerpo de Rosy. De pronto la muchacha parecía muy cansada, terriblemente cansada. Musitó:

—Bueno... Ya sé que soy una exagerada. Pero una tiene derecho

a sospechar de según qué cosas, ¿no?

—Lo que pasa es que tienes celos.

Ann se puso en pie poco a poco. Sabía que había dado en la diana aun sin ver el rostro de la otra muchacha.

Rosy tragó saliva.

—La verdad es que... es que las cosas cambiaron cuando tú llegaste —murmuró—. Antes el abuelo era un hombre encantador. Luego sólo te veía a ti.

—No os he perjudicado en nada, Rosy.

—Nos quitaste su cariño.

—Mentira. El abuelo Willard era amable con todo el mundo, y si lo era más conmigo se debía a una sola cosa: a que yo era el perro abandonado que necesita cariño. Pero ya ves que no me quería tanto como a vosotras. No me ha dejado en su testamento ni una libra. Sólo tengo derecho a vivir aquí. Aunque no sé si vale la pena, entre tantos insultos y sospechas.

Rosy vaciló aún más.

Se oyó el leve carraspeo de su garganta.

—¿Ves? Eso reconozco que es cierto. No te ha dejado ni una libra. Es que de lo contrario habría pensado que la criminal eras tú, para hacerte con la herencia. Y eso no lo he pensado nunca. Más bien me decía que tratabas de obtener unos ingresos extra haciéndote tuyos al abuelo y a tío Bill. Pero puede que sea una bestialidad lo que he dicho.

—Lo es, Rosy.

—En fin, olvídalo.

—Trataré de hacerlo, pero no sé si podré. Y ahora déjame salir. Y deja de poner muebles en mi camino.

—Je, je...

—¿Por qué te ríes?

—Porque tiene gracia. Sabes... ¿sabes quién inició esa costumbre? El abuelo Willard antes de morir.

—Que un viejo tenga manías, no justifica que las tengáis vosotras.

—Es que hay algo más, Ann.

La voz de Rosy se había vuelto helada.

Ann musitó:

—¿Qué es?

—He encontrado esto.

Y se lo puso casi en las manos. Era un grueso medallón con una cadena. Se adivinaba por su peso que debía ser macizo y de calidad. El tacto revelaba que tenía un trabajo de orfebrería muy fino. Y sin duda mucho valor.

—Tiene que ser una pieza histórica —susurró Ann.

—No sé, yo no entiendo de eso.

—¿Dónde lo has encontrado?

—Ha sido una casualidad. Una urraca, esos bichos que se pirran por los objetos brillantes, lo ha sacado delante de mis narices. Sólo ella podía haberlo visto, porque estaba muy bien oculto debajo de una teja, junto a la ventana de una buhardilla.

Los dedos de Ann temblaron un momento.

—Yo lo he tenido antes —susurró—. No podría jurarlo porque no lo he visto, pero el tacto es el mismo.

—¿Lo has tenido antes...?

—Sí. Me lo enseñó Bill antes de morir.

—¿Y por qué no lo dijiste?

—No le di importancia. Creí que ese medallón lo habría encontrado ya la policía, pero ahora comprendo que no.

Lo tendió hacia Rosy con manos trémulas.

—Tómalo. No lo quiero.

—Bueno, yo... yo tampoco.

Rosy parecía completamente anonadada. Tenía miedo.

—Estaba segura de que la policía había dado con él —continuó Ann lentamente—. No sé qué importancia tiene, pero este medallón me lo enseñó Bill antes de morir. Sí... Casi estoy segura. Tómalo, Rosy. Entrégalo a la policía.

Las manos de Rosy temblaban.

Pero temblaron aún más al ver el rostro de Ann.

Era un rostro que reflejaba miedo.

Inseguridad.

Era un rostro cuyos ojos sin luz parecían querer mirar a todas partes con una expresión de impotencia.

—Rosy... —musitó la ciega.

—¿Qué?

—Hay alguien aquí.

—No... no digas tonterías.

—Lo presiento.

—Ann, tú no puedes ver, pero yo tengo dos ojos estupendos, afortunadamente. Y te aseguro que no veo a nadie. La biblioteca está vacía. Los divanes, las lámparas, los libros... Y no se oye un ruido en toda la casa.

—¿Está la puerta cerrada?

—Sí.

—¿Las cortinas corridas?

—Ta... también.

—Pues yo presiento algo, Rosy. ¡Presiento que alguien nos está mirando!

Rosy fue a lanzar un gemido.

Se sentía completamente anonadada.

Sin embargo no llegó a tiempo de chillar. No llegó a tiempo ni de abrir la boca.

Porque entonces empezó la música.

Era aquella música que hablaba de la primavera joven, de los campos llenos de luz y de los corazones llenos de esperanza. Era una música que millones de adolescentes de todo el mundo habían oído alguna vez con entusiasmo. Pero Rosy la captó con horror, con un horror visceral que llegaba hasta el fondo de sus huesos.

La música no cesaba.

No era muy fuerte, pero en la biblioteca se oía con toda perfección. ¡Y a Rosy le pareció que surgía del fondo de sí misma!

Ann bisbiseó:

—¡Alguien nos está mirando, Rosy! ¡Alguien nos está mirando...!

No dijo más.

Fue entonces cuando se oyó el murmullo.

Y aquel gorgoteo de sangre.

Y aquella caída del cuerpo de Rosy, doblándose sobre sus maravillosas piernas.

Y aquel estertor que era como la llegada de la muerte.

Ann lanzó un espantoso chillido.

Cayó de rodillas, gimiendo espasmódicamente, mientras sus piernas también se manchaban de sangre.

Así la encontraron los policías que entraron un momento después. Así la encontraron, como si ella también hubiese muerto.

CAPÍTULO XI

Creo que la muerte de Rosy volvió locos a los policías del Yard y dejó completamente aterrorizado al sargento Topper. Cuando me llevó a Willard Manor, a la mañana siguiente, sus manos temblaban de tal modo que le era casi imposible abrir las puertas. Aún no se había practicado el levantamiento del cadáver y por eso pude verlo todo tal como había quedado la noche anterior.

Rosy tenía una espantosa herida en el cuello.

Era como en los casos anteriores.

Le habían asestado un golpe certero e implacable con un estilete. Con la única diferencia de que esta vez el cadáver también mostraba un pinchazo que casi le había atravesado el corazón, pero por esa segunda herida apenas manó sangre.

Vi enseguida que habían llegado de Scotland Yard, por helicóptero (en tren no podían haber sido tan rápidos, y en Maddox no hay líneas aéreas) una serie de técnicos. Estaban haciendo una revisión concienzuda, midiendo distancias, buscando huellas y tratando de encontrar el arma homicida en todos los rincones de la biblioteca. Por su aspecto desanimado, no me pareció que estuvieran obteniendo resultados demasiado espectaculares. Tenían la cara de un entrenador de fútbol cuando faltan sólo dos minutos y su equipo pierde por

0-1.

Topper musitó:

—Quería que lo viese.

El muy becerro seguía confiando en mí. ¡Y yo era incapaz de imaginar la más mínima solución para aquel misterio!

Me detuve junto a la puerta.

Reconozco que pocas veces he quedado tan impresionado como quedé ante el cuerpo de la pobre Rosy. La muchacha tenía impresa aún en el rostro una expresión de pasmo, de estupor, de miedo.

Pero sobre todo de pasmo. Era como si en el momento de morir, con todas las fibras de su cuerpo, hubiera tratado de decir una sola cosa: «No puede ser...».

Su cuerpo debía haberse desplomado al principio de bruces, al doblársele las rodillas. Pero luego, quizá al tratar de esquivar la última cuchillada, se le dobló hacia atrás. Estaba, pues, en una extraña y violenta postura, con las nalgas descansando sobre los tacones de sus zapatos. En esa posición, la falda mostraba la intimidad de su cuerpo y creo que era eso lo que daba al ambiente mayor angustia y mayor tristeza. Uno piensa que las chicas como Rosy no deberían morir. Uno, cuando ve un cuerpo tan maravilloso destrozado por la muerte, siempre tiene una impotente sensación de que el mundo es absurdo y grotesco.

Topper miró a los técnicos del Yard.

—¿Qué...? —susurró.

—Nada.

—¿Pero cómo es posible que haya desaparecido el arma del crimen?

—También desapareció las otras veces, ¿no?

—¡Pero la policía entró esta vez cuando Rosy acababa de morir!

—Parece como si nos estuviera exigiendo responsabilidades, sargento. Nosotros no sabemos nada. Sólo podemos decirle que el arma del crimen no está aquí.

—¿No han encontrado nada más?

—Nada.

—¿Y la música? ¡Los policías me han dicho que, cuando venían hacia aquí, creyeron escuchar aquella condenada canción de los Rolling Stones! ¡La misma que las otras veces!

—No sabemos de dónde salió, sargento, si es que de verdad la escucharon. Aquí no hay nada. Tampoco encontramos huellas, excepto las de Ann.

—¡Maldita sea! ¡El asesino no pudo llegar por los aires!

—Casi, casi —dijo uno de los técnicos—. Pudo entrar en la biblioteca descalzo, pese a lo cual la ciega oiría el levísimo rumor. Luego el asesino saltó sobre esa butaca manchada de sangre. Sus calcetines, por descontado, no dejarían huella alguna. Asestó el golpe desde lo alto de la butaca, pues las dos heridas tienen una dirección descendente de arriba abajo. Luego regresaría hasta la

puerta, se pondría los zapatos y en paz.

—Pero dejaría huellas en el resto de la casa —murmuró Topper.

—Eso estamos buscando. De todos modos, si llevaba zapatos nuevos, es difícil que dejara rastros. Me inclino a creer en una persona que conociera bien la casa y que pudiese haber estado oculta en ella durante bastantes horas, antes de la llegada de la noche. Por la noche fue casi imposible que alguien entrara aquí, sargento Topper, porque le aseguro que la vigilancia fue eficaz. Además estaban los perros. Son unos auténticos sabuesos, y sin embargo no ladraron ni husmearon el menor rastro.

Yo escuchaba con atención. Creo que mi rostro no reflejaba optimismo precisamente. Mi cara debía ser la misma del entrenador de fútbol cuyo equipo pierde por

0-1,

pero cuando ya el árbitro está haciendo sonar el silbato final del encuentro.

El detective continuó:

—En cambio, durante el día, se acercó bastante gente. Tenemos anotados el cartero, el repartidor del pan, el de la leche, el de una agencia de electrodomésticos, un recaudador de arbitrios, un inspector forestal, un amigo de la familia y el doctor Clemens. Nada menos.

Topper me sacó de allí.

Parecía estar muy excitado.

Me llevó al vestíbulo de la casa, donde no había nadie, y con voz ronca farfulló:

—¿Qué le parece Barness? ¿Qué opina usted de todo esto novelista de la puñeta?

—Estoy anonadado —barboté—. Me cuesta pensar.

—En la casa hay mil sitios donde ocultarse —dijo Topper—. Estoy persuadido de que el asesino pasó aquí varias horas hasta la llegada de la noche. Conocía el edificio bien. Y por la biblioteca anduvo sin zapatos como acaba de decir el agente, pese a lo cual Ann llegó a oír el rumor de su avance.

Fui a encender un cigarrillo. No tenía ni siquiera calma para cargar mi pipa. ¡A menudo sitio había venido yo a descansar! Además me sentía ridículo dándomelas de detective con pipa y todo cuando sabía muy bien que me faltaba la más mínima inspiración.

Cuando estaba seguro, además, de que a final de mes me echarían de la fonda por falta de pago.

—¿Cómo está ahora Ann? —musité—. Aún no la he visto.

—Está destrozada. En primer lugar cualquiera lo estaría después de saber que el asesino se ha paseado dos veces ante sus ojos, aprovechándose de que es ciega.

—Lo comprendo muy bien —dije—. Es como para tener la sensación de que habita en un mundo de fantasmas.

—Y en esta última ocasión ha habido algo peor —musitó Topper—: Ann se puso perdida con la sangre de Rosy. Al no poder verla y querer sujetarla, cayó de lleno en la especie de lago rojo que la víctima iba dejando. Fue terrible. Tenía sangre en las manos, en los zapatos... La sangre no sólo subía por sus medias sino que llegaba hasta sus muslos. Empezó a chillar como una histérica cuando los policías entraron. Una de las criadas tuvo que quitarle las ropas porque estaban convertidas en una mancha roja. Sí, una criada... Me refiero a ésa cuyo pompis parece que vaya a estallar bajo la falda. No me diga que no se ha fijado en ella, maldito... Luego hubo que meter a Ann en una bañera, porque enloquecía cada vez que tocaba su cuerpo y palpaba la sangre. Mientras estaba en el baño, se desmayó. Si no llega a estar alguien junto a ella, se ahoga. Ahora está bajo los efectos de un calmante. No sé si se habrá levantada ya.

—¿Han registrado todas las habitaciones? —musité.

—Claro. No puede ocultarse nadie en la casa. Aunque es absurdo pensar que el asesino permaneciera aquí después de cometer el crimen, por lo que ha sido tiempo perdido.

Hice un gesto de asentimiento.

Topper me apuntó con el dedo acusadoramente, como si yo, pobre de mí, tuviera la obligación de resolverle el enigma.

—Bueno —gruñó—, ¿qué piensa?

—Creo que le di una solución, sargento. Y voy a decirle también una cosa: toda la familia Willard ha sido eliminada con la excepción de Peggy, que corre un gravísimo peligro. Y también supongo que lo corre Ann, pero a ella la dejarán para lo último porque es la más fácil. El asesino sigue un plan que podríamos llamar artístico. No quiere precipitarse. Y el asesinato de Ann, el de una pobre ciega, será, supongo, sensacional. Será para el asesino el último cuadro, el mejor de su asquerosa obra dramática.

—Nosotros debemos evitarlo —dijo Topper—. Pero acaba de hablarme de una solución, ¿no? ¡Pues escúpela, maldito sea! ¡Y deje de dar vueltas a ese cigarrillo, si no quiere fumárselo!

Le apunté con él.

—Oiga, Topper, la solución está clara y usted la conoce. No necesito escupirla. Le mostré las cartas escritas por Clemens, que estaba haciendo un chantaje a los Willard. De ahí arranca todo. Ann las había descubierto y no tuvo inconveniente en que yo las usara ante la policía. ¿Y qué ha hecho la policía, Topper? ¿Es que va a decirme que Clemens aún está en libertad?

El sargento recogió en el aire el cigarrillo que yo acababa de lanzar sin darme cuenta.

Y barbotó:

—Mire, Barness, usted es un novelista incontrolado y muerto de hambre, que necesita pasar por los servicios de desinfección municipal al menos dos veces al año. En cambio el doctor Clemens es una institución aquí, en Maddox. Tiene prestigio científico y prestigio social.

—Pero al menos habrá hecho algo con las cartas —susurré.

—Claro que sí. He hecho unos trámites que necesitaba hacer antes de decirle a Clemens una palabra. Me metí en su despacho fingiendo una jaqueca. Mientras él atendía a una llamada telefónica, hurgué en sus cajones sin que lo notara: tiene hojas de papel exactamente iguales a las empleadas en las cartas. Luego me recetó unos potingues y escribió la receta en su máquina de siempre. Corrí perdiendo el trasero a nuestro gabinete de análisis y comparé la escritura de las cartas con la escritura de la receta. No cabía duda: la máquina era la misma. Clemens era el autor de los anónimos. Por si faltara algo, me dirigí al banco local. Ya sabe que son muy reservados, pero extraoficialmente me dejaron caer el dato de que el médico había ingresado seis mil libras hace no mucho tiempo. Todo concuerda. Y los del banco acudirán a testificar si se les cita desde el tribunal, de modo que el doctor Clemens está en nuestras manos.

—¿Y por qué no le ha detenido ya? Lo que hizo es un delito —masculé.

—Un delito de poca monta, mientras que aquí se ventilan unos asesinatos de auténtico escándalo, pero en las últimas horas se

comportó con absoluta normalidad; de modo que preferí reservarme la carta.

—¿Por qué vino ayer a la casa? —pregunté—. Es una de las visitas anotadas por los policías.

—Hum... Yo mismo le llamé. Pretexté que uno de los sirvientes estaba enfermo y le hice venir. Quería observar sus reacciones, pero no noté nada. Hizo la consulta rutinariamente, dijo que lo que aquel cabrito tenía eran nervios y le recetó algo que supongo será a base de agua destilada. A continuación se largó cómo había venido.

—¿Se largó? —pregunté.

Topper me miró como si yo estuviera loco.

—¿Qué? ¿Qué dice?

—¿Vino en coche? —susurré—. Si es así, todo el mundo le vería llegar y largarse. ¿Pero y si no fue así? Por eso le pregunto: ¿vino en coche?

—No —dijo Topper, pellizcándose la mandíbula—, ahora que lo dice me doy cuenta de que vino a pie. Por lo visto quería pasear. Y se largó a pie igualmente.

—¿Quién controlaba las entradas y salidas?

—Bradley.

—Hágale venir.

Las facciones de Topper se estaban volviendo grises. Al tío lo habían desbordado los acontecimientos: debía pensar que su paga de sargento no daba para tanto. Lo mismo debía pensar Bradley cuando llegó, con la diferencia de que él no era sargento, sino un simple agente pasado por la escupidera.

—Yo anoté la entrada del doctor Clemens —dijo—. Seguro.

—¿Y la salida?

—¿Quééééé...?

—La salida. Le estoy preguntando si anotó la salida con la misma precisión.

—Bueno... Si el doctor Clemens entró tenía que salir, ¿no? Yo lo vi.

—¿Está seguro?

—En fin, me... me parece.

—Lo que ocurre es que no se fijó demasiado en él porque el doctor Clemens era de absoluta confianza, Bradley. Y obró por eso de una forma rutinaria. Vamos a ver: ¿a qué hora salió?

Noté que Bradley palidecía. Si llegamos a estar solos me envía al cuerno, porque yo allí no era más que un chorizo. Pero delante de Topper se aguantó.

—No lo anoté, señor Barness. Sólo apunté la hora de llegada.

—¿Y está seguro de que salió? ¿No se dejó llevar usted por un exceso de confianza?

—Bueno... Es lo que yo digo. El que entra sale, ¿no? ¿O qué es lo que trata de insinuar?

—Nada, Bradley —dije—, no insinúo nada. Puede retirarse.

Cuando quedamos solos miré a Topper.

Yo también había palidecido. Creo que incluso estaba lívido.

—Ya lo ve, sargento —dije—. Le parece que sí, pero no está seguro. De manera que ahora sólo nos falta hacer otra comprobación.

—¿Qué comprobación?

—Muy sencilla: Telefonee al consultorio de Clemens y pregúntele si ayer pasó las visitas normalmente. Es decir, las visitas de la tarde.

Topper me comprendió enseguida. Los ojos le temblaban dentro de las órbitas cuando discó el número. Al cabo de unos instantes volvió a colgar el auricular con las facciones demudadas.

—No pasó ninguna visita —dijo con un hilo de voz—. No apareció por el consultorio, y eso que la enfermera ayudante se cansó de llamarle a todos los sitios donde podía estar.

Chasqué dos dedos.

Bueno, eso quise hacer.

Pero ni fuerzas para mover las manos tenía.

Topper y yo nos miramos en silencio mucho rato. No sé en qué pensábamos los dos. Quizá por un momento no pensamos en nada. El tiempo que había difuminado delante de nosotros, se había convertido en algo que no existía.

El sargento no se atrevía a hablar.

Fui yo quien hubo de pronunciar aquellas palabras que para el pequeño mundo de Maddox —el de las personas honorables y conocidas— representaban una catástrofe:

—Ya lo tiene, Topper: Ese médico no salió de aquí. Se quedó oculto en la casa hasta la noche, cuando pudo cometer tranquilamente el crimen. Las cosas sucedieron tal como el

inspector del Yard ha dicho: se descalzó al llegar a la biblioteca, saltó sobre la butaca, mató a Rosy y se escabulló sin dejar huellas. Y ahora tiene que estar aquí. ¡Ahora tiene que estar aún aquí, dispuesto a repetir su golpe!

Topper me miraba con las facciones desencajadas.

—Pe... ¿pero qué dice? —barbotó.

—Sólo puedo decir una cosa: Que tengo miedo por Ann...

CAPÍTULO XII

Ann atravesó el prado que se extendía delante de la casa y penetró en lo que habían sido antiguas cuadras de Willard Manor. En otro tiempo, cuando el viejo Willard se hizo rico con la guerra, había caballos de raza allí. Willard y sus hijos montaban a veces para dar largos paseos a través de los bosques. Luego el Estado decidió que las mansiones con caballeriza propia eran más lujosas que las otras, y por tanto tenían que pagar más impuestos. Entonces los Willard vendieron sus caballos y los cobertizos quedaron abandonados. Ése era el sitio al que Ann iba ahora.

No era la primera vez.

Siempre que quería estar sola, se refugiaba en aquel inmenso local que aún conservaba el olor a paja limpia y a belfo de caballo. Nadie la molestaba. Era un sitio ideal para sentirse tranquila.

Mientras atravesaba el prado, su paso era completamente tranquilo.

Nada en ella daba sensación de que tuviera miedo de correr un peligro.

Y sin embargo el cobertizo era el único sitio que estaba sin vigilar. El único sitio donde una muchacha ciega podía ser asesinada impunemente sin que nadie lo evitara.

El agente William la vio.

El agente William tenía envidia de Barness al pensar en el lote que se había dado con la chica. ¡Y encima en un sitio tan raro como un cuarto de baño!

Porque a Ann le faltarían ojos, eso sí. Pero le sobraban curvas. Y tenía unos andares que ya, ya... Al agente William, mientras la miraba, hasta la chapa del casco se le tiñó de verde.

—¿A dónde va, Ann? —musitó.

—A dar un paseo.

—Parece que ya se siente mejor, ¿no?

—Bastante mejor, pero todavía muy débil. Yo creo que tienen la culpa los calmantes.

—Claro, claro... Los calmantes y... y todo. ¡Una chica, a veces, se desgasta tanto! Oiga, Ann, no podrá salir usted de los límites de la casa; está prohibido.

—No se inquiete. Sólo voy hasta la caballeriza antigua.

—¿Sabe que han traído un caballo?

—¿Un caballo? ¿Y quién?

—La policía. Quiero decir, nosotros. A Topper se le ha metido en la cabeza que alguien pudo llegar a caballo a la casa, poniendo trapos en los cascos del animal. Y ha traído a uno que es un auténtico zorro para ver si venteaba algo, pero sin resultado alguno.

Ann sonrió con nostalgia.

—Será como resucitar aquello —musitó—. Me gusta que haya al menos un caballo... No tema, William, no correré ningún peligro.

A William le llamaron en aquel momento y dejó de ocuparse de la muchacha. Ella entró en el enorme cobertizo y se sentó. En torno suyo todo era silencio. La banqueta en que estaba había sido empleada antiguamente por los encargados de la cuadra para limpiar a los animales. Notó enseguida que el caballo se aproximaba a ella.

Debía ser un animal cariñoso.

La olisqueó. Luego, al ver que no se movía, le dio un par de golpecitos con el morro.

Ann siguió quieta.

Le gustaba aquel olor. La hacía sentirse bien la quietud casi solemne que se respiraba en el cobertizo.

El caballo, al ver que no le hacía el menor caso, se marchó aburrido. Remeneó un poco por allí y luego dio un par de cabezadas contra una de las paredes de madera.

El estremecimiento de ésta hizo que se abriera un poco la puerta del pequeño recinto donde, antaño, se guardaron los útiles de limpieza. Aquella puerta hizo un leve ruido...

Pero Ann no lo oyó. Y, si llegó a oírlo, no hizo caso.

Tampoco se dio cuenta de lo que la abertura permitía ver ahora, a pesar de las sombras. Tampoco se dio cuenta de que allí, en la penumbra, estaba el rostro del doctor Clemens.

Y sus ojos muy fijos, muy fijos, clavados en su nuca.

CAPÍTULO XIII

Sí, yo tenía miedo por Ann.

Tenía miedo por muchas cosas. Porque la chica me gustaba, aunque no quisiera confesárselo. Porque era una ciega. Porque estaba marcada, como último nombre, en la lista del asesino.

Aunque parezca mentira, sólo eso me tranquilizaba. Yo estaba seguro de que Ann sería la última precisamente por ser la víctima más fácil. Antes tenía que morir Peggy. Y mientras Peggy estuviera viva, Ann no corría ningún peligro a menos que...

Me detuve, dejando de avanzar por uno de los largos pasillos de la casa. Una profunda arruga se dibujó en mi frente.

... A menos que Ann se metiera delante de las narices del asesino, claro. A menos que le pusiera las cosas tan sencillas que el otro no quisiera perder la ocasión. Y de una ciega como ella podía esperarse cualquier cosa, incluso que se metiera en el cubo de la basura creyendo que era una bañera.

Fui hacia el cuarto de Peggy.

Pero en la puerta había un agente del Yard.

—No se puede pasar. Usted no está autorizado.

—Sólo quería saber qué hace la muchacha y si está bien segura.

—Lo está. La ventana se encuentra herméticamente cerrada y nadie puede entrar por ella. En la puerta estoy yo. ¿Le parece poco?

El tío sacó pecho.

Era un peso fuerte y tenía cara de mala uva.

Le dije que no, que me parecía mucho.

Puesto que Peggy estaba segura, sólo me quedaba Ann. Pero en su cuarto no estaba. La doncella del pararrayos trasero, la que parecía como si fuese a hacer de pronto «blam» bajo la faldita corta, me miró con ojos cargados de sueño.

—A Ann no la vigilan —musitó—. El médico de la policía ha dicho que podía tener un ataque de nervios si la obligaban a estar

encerrada.

—¿No la vigilan?

—¿Qué quiere que pase ahora? —susurró la doncellita—. De día y con tantos agentes por todas partes, ¿qué va a pasar?

Yo no estaba tan seguro.

Por el contrario, tenía la convicción de que ahora el asesino quemaría etapas. Y los sitios donde hay demasiada gente son peores, incluso, que los sitios donde no hay nadie. Se producen desbarajustes, y siempre hay quien no vigila porque confía en que ya vigilarán los otros.

Estos pensamientos me hacían daño mientras veía a la doncellita alejarse.

Movía muy bien aquellos globos que hubieran querido comprar los papás en vez de los niños.

Hasta entraban ganas de pinchárselos para saber si eran de verdad.

Recorrí las diversas habitaciones de la casa y no encontré a Ann. Eso me hizo pensar que debía haber salido al parque, pero el parque, por vigilado que estuviera, podía significar la muerte. Sentí que una corriente de aire frío llegaba hasta mis huesos.

Y entonces oí aquello.

Aquel ruido extraño.

¡Alguien se deslizaba furtivamente por el tejado! ¡Alguien estaba acechando desde las alturas de la casa!

Mis ojos se entrecerraron.

Intenté mantenerme sereno.

Supé desde el primer momento que no era un policía. Los policías no se hubieran arrastrado con aquel disimulo, tratando de no levantar el más mínimo rumor. Además, los había contado y me parecía que no quedaba ninguno para deslizarse por el tejado. Eso significaba que se trataba de alguien extraño. ¡De alguien que acechaba!

¿Quizá el doctor Clemens?

Pensé que era buen momento para comprobarlo.

Estaría bueno que yo pescara al asesino. Estaría bueno que me convirtiera por unos días en uno de los personajes más famosos del país, lo que me permitiría escribir un libro de éxito y darle a mi editor un codazo en los riñones. Estaría bueno que me forrara de

billetes en lugar de —como hasta ahora— forrarme de uralita para aguantar los insultos del editor cada vez que iba a pedirle un anticipo.

Me deslicé hasta las buhardillas, que ocupaban todo el piso superior de Willard Manor, bajo las tejas. Ahora allí vivían los criados, pero había muchas habitaciones vacías. En otro tiempo no fue así, porque había más servidumbre que ahora. Con los oídos bien atentos, me deslicé por el pasillo inclinado mientras trataba de seguir el origen del ruido.

Hubo un momento en que supe que lo tenía encima de mi cabeza.

Casi contuve la respiración.

Una de las ventanas me permitiría salir al tejado y capturar al intruso. Tenía que moverme con rapidez.

Salté. Asomé la cabeza.

Durante unos segundos no vi nada más que la línea oblicua de las tejas color encarnado.

Fui a volverme.

Pero no tuve tiempo.

Alguien me había golpeado con fuerza en la nuca. Sentí que el dolor llegaba hasta el fondo de mi cráneo.

Y cerré los ojos mientras en torno mío, bruscamente, todo empezaba a dar vueltas, vueltas, vueltas...

CAPÍTULO XIV

Ann sacó el paquete de cigarrillos que llevaba en uno de los bolsillos de sus *blue-jeans*. Esta mañana se había puesto los ceñidos pantalones porque con ellos se sentía más cómoda y porque las medias del día anterior —aunque no fueran las mismas— le hubieran recordado el contacto de la sangre. Extrajo un cigarrillo, lo puso entre sus mórbidos labios y de pronto lo retiró. Siempre le pasaba lo mismo. Si no había quien le diera fuego, ella no se atrevía a encender un cigarrillo porque no podía ver la punta.

Lo arrojó tal como estaba.

Guardó el paquete.

Oía muy bien el rumor del viento al soplar por entre las tejas descuidadas. Oía el batir de una ventana mal cerrada. Oía, sobre todo, el

tlac-tlac

de una de las puertas, la que daba al recinto de los cacharros de limpieza.

Debía haberse abierto sola.

Pero no prestó demasiada atención.

Tlac...

El caballo debía haber dado otro golpe. El animal relinchó. Fue un relincho lastimero que hizo a la muchacha erguirse repentinamente.

Por un momento tuvo la sensación de que alguien había atacado al animal, saliendo del cuarto trastero.

Oyó una especie de trote rabioso dentro del recinto.

El animal estaba asustado.

O alguien acababa de atacarle o había visto algo que le sacaba de quicio.

Ann lamentó no saber su nombre porque lo hubiese tranquilizado. Pero se puso en pie mientras lo llamaba del primer

modo que se le ocurrió:

—Bonito... Bonito...

El caballo no le hizo caso.

Ann pasó de un lado a otro del cobertizo. Se situó a dos pasos de donde estaba Clemens.

Pero ella no podía verlo.

Clemens se movió.

Sus ojos seguían estando fijos en su nuca.

—Bonito... Ven aquí, Bonito.

Ann avanzó un paso.

Clemens vino hacia ella.

Pero no lo hizo avanzando sobre sus pies. Lo hizo cayendo en su dirección como un poste. Clemens se derrumbó sobre una vieja pila de paja. Quedó con la cara empotrada en ella, los ojos desmesuradamente abiertos y la lengua fuera. Diríase que aquellos ojos seguían mirando a Ann, pero en realidad no miraban ya a ninguna parte. Eran los ojos de un muerto.

Ann pasó junto a él.

No llegó a rozarlo.

Sus pies casi tocaron las manos del doctor Clemens, angustiosamente tendidas, pero al fin pasaron indiferentes junto al cadáver. La muchacha siguió llamando al caballo con la voz más cariñosa de que fue capaz:

—Bonito... Bonito...

El animal se había ido tranquilizando. Aquella voz suave hizo que se detuviera a un extremo de la antigua cuadra.

Ann le palpó la cabeza. Le acarició el cuello.

—¿Qué te pasa, Bonito? ¿Por qué estabas tan intranquilo? ¿Qué has visto?

El animal, en efecto, tenía la cabeza tenazmente vuelta hacia el mismo lado.

Allí estaba Clemens.

Allí estaban sus ojos desorbitados y su cuerpo rígido, que llevaba más de doce horas muerto.

La muchacha se colgó casi del cuello del animal.

—Vamos a dar un paseo... Vamos, Bonito.

Fue a sacarlo de allí. De pronto notó que el caballo se resistía a avanzar hacia la puerta.

Ann, al empujarlo, resbaló. Sus pies patinaron materialmente por encima de la paja. Hizo una exhibición de *ballet* sobre hielo, pero al revés. Su pirueta no tuvo nada de elegante mientras se desplomaba materialmente junto al cadáver.

Tendió un poco las manos para levantarse.

—Bueno... —dijo hablando para sí misma—, parece que me he dado una buena costalada. Ese caballo no está bien de la cabeza...

Y en ese momento rozó un cuerpo quieto. Como sus manos se posaron sobre las ropas, no notó la frialdad de la muerte.

—Eh... —musitó—. ¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí? Oiga... ¡levántese, zángano! ¡No son horas de dormir sobre la paja...!

Lo zarandeó suavemente.

—¡Vamos, hombre...! ¡Mira que meterse un vagabundo en la casa...!

Y de pronto rozó la cara.

Aquella frialdad espantosa, aquel hálito de muerte penetró hasta sus huesos.

Ann lanzó apenas un gemido.

Su boca, de repente, parecía haberse quedado seca. Sus dedos arañaron el aire.

De pronto algo pareció vacilar en ella. Fue a desplomarse sobre el muerto.

Las manos del policía que acababa de entrar lo evitaron en el último momento. Diez dedos duros como garfios de hierro sujetaron el cuerpo de Ann en el último segundo, cuando ya su cuerpo se arqueaba y de su boca iba a salir un alarido de terror inhumano.

CAPÍTULO XV

Bueno, amigo, he de reconocer que todo esto era demasiado para un pobre novelista que además, desde que estaba en Maddox, no había escrito una sola línea. Era demasiado lo que acababa de descubrir Ann, cosa que además yo no sabía aun cuando me dieron aquel porrazo. Porque la castaña que recibí en la nuca, he de confesarlo, fue de las que le dejan a uno inútil para todo servicio. Estuve a punto de resbalar otra vez por el tragaluz de la buhardilla.

Pero tuve fuerzas para volverme, con los ojos ya nublados. Vi entonces que la teja iba a aplastarse sobre mi cabeza nuevamente. Y vi algo más: vi la mano que la empuñaba. Y el rostro que estaba detrás: ¡el rostro de Virgin, la chica que yo había salvado en el bosque de las zarpas de aquellos dos bestias!

Me estremecí.

Era algo que no hubiera esperado nunca.

Creo que lo único que pude balbucir fue:

—Pero...

Ella dejó caer la teja con la que acababa de atizarme.

Estaba tan asombrada como yo.

Susurró:

—Dios santo... No te había reconocido.

Pude mantenerme en pie haciendo un terrible esfuerzo. Mis manos siguieron aferradas a los bordes del tragaluz.

—¿Qué haces aquí, Virgin?

—Estaba... escondida.

—Que estabas escondida ya lo imagino. Y que por poco me abres la cabeza, también. ¿Pero por qué...?

—He llegado a la casa porque quería verte. Sabía que estabas aquí. Pensaba despedirme.

—¿Es que te marchas?

—Ya estoy restablecida y tengo que ir a Londres. Pero no quería

marcharme sin despedirme de ti, por lo mucho que te debo... Cuando he llegado, he visto todo esto lleno de policías y me he dado cuenta de que buscaban a alguien. He tenido miedo.

Lo comprendí perfectamente.

Virgin había perdido los nervios porque no tenía ninguna clase de experiencia en aquella clase de asuntos.

¿O quizá sabía demasiado? ¿Quizá su experiencia era mucho mayor de lo que yo creía...?

Ella continuó en un susurro:

—Me he escondido porque no quería que me interrogaran. Estoy ya harta de policías y de conflictos.

—También lo comprendo, Virgin, pero has hecho lo menos inteligente que podías hacer. Si se les antoja pueden acusarte de asesinato, y aunque luego salgas absuelta habrás pasado por el momento más amargo de tu vida. Creo que ahora no tienes más remedio que aguantar hasta que llegue la noche y entonces tratar de deslizarte fuera.

Virgin hundió la cabeza.

—Me doy cuenta de que he cometido un error terrible, Barness, y hasta tú mismo podrías sospechar de mí. Pero te juro que no soy culpable de nada.

Yo no estaba tan seguro.

En las circunstancias en que nos hallábamos, cualquier persona, y especialmente Virgin, era digna de toda sospecha.

Pero lo disimulé con una sonrisa.

—Quédate por el momento aquí, muchacha, puesto que si ahora aparecieses sería aún peor. En el caso de que te descubran, ponte en contacto conmigo y hablaré con Topper. Pero apenas aquí se haga de noche... ¡lárgate! ¡Y cuidado con los perros!

Le estreché la mano con fuerza.

Al fin y al cabo, si había de creerla, ella estaba corriendo todos aquellos peligros porque quiso despedirse de mí.

Descendí de nuevo, cerrando el tragaluz de la buhardilla.

Y apenas acababa de hacerlo cuando oí aquel grito. Aquel grito lacerante que reflejaba todo el horror de las tinieblas.

Fui uno de los primeros en llegar a las caballerizas, cuando ya dos policías de paisano estaban sujetando a Ann, que había sido presa de un ataque de nervios. Confieso que casi no me fijé en ella,

sino en el cadáver del doctor Clemens, que tenía el rostro medio hundido en la paja. Una corriente fría pasó por mis rodillas y me pareció que éstas iban a vacilar.

Topper gritó detrás de mí:

—¡Por todos los infiernos!

Era todo lo que se le ocurría en aquel momento.

—No hace falta que se moleste en darle masaje, sargento —dije, no queriendo perder el sentido del humor—. Lleva muerto varias horas.

Oí crujir sus nudillos. Topper debía sentir como si una rabia interior le devorase.

—Él era el principal sospechoso —susurró—. Eso quiere decir que volvemos a estar como al principio.

—Puede que, en efecto, fuera el culpable —dije, queriendo agotar todas las posibilidades—, y puede que después de cometer el último crimen se suicidara. Será el forense el que resuelva sobre eso.

En aquel momento sacaban a Ann de allí. Ann estaba completamente crispada. Daba a todas partes los típicos manotazos de ciego, sin dejar que la sujetaran.

Confieso que me dio una honda pena.

Nunca había visto una muchacha tan acorralada como aquélla, tan perdida. Ella sería la víctima que menos podría escapar cuando el asesino decidiera dar su último golpe.

Volví poco a poco a la casa. No quise verla.

No quise contemplar por más tiempo aquellos ojos patéticos que no distinguían ni siquiera las sombras.

Mientras estaba sentado en una butaca, en una de las habitaciones más aisladas de la casa, traté de pasar revista a aquella situación. Intenté ver claro en aquel bosque de dudas, y lo primero que me pregunté fue lo que debía haberme preguntado al principio: a quién beneficiaban todos aquellos crímenes.

La respuesta estaba clara:

Beneficiaban a Peggy.

Muertos su abuelo, su padre, su tío y su hermana, ella se había convertido en la heredera de la gran fortuna de los Willard. Pasaba a ser una de las muchachas más ricas sin tener que compartir su dinero con nadie.

¿Pero era posible tanta ruindad en un corazón tan joven? ¿Sólo por dinero, podía cometerse una tan espantosa cadena de crímenes?

A menos que...

Topper entró en ese momento.

Me miró con cara de perro a quién van a poner el bozal de un momento a otro.

—¿Qué le pasa, Barness? Le he buscado por todas partes. Lleva aquí encerrado varias horas.

Realmente yo había perdido la noción del tiempo. Diríase que mis funciones vitales estaban suspendidas, como en una especie de *yoga*. Ni siquiera me había dado cuenta de que sobre la casa estaban cayendo las sombras. A veces los pensamientos, repetidos una y otra vez, le apresan a uno como en una especie de cepo.

—Topper —musité—, celebro verle. He estado pensando y creo que las investigaciones podrían ir por otro lado.

—Yo creí que usted sólo pensaba en algún sistema para pagar sus deudas, Barness.

Hice caso omiso de aquella observación. Al fin y al cabo correspondía bastante a la realidad, porque es cierto que yo tenía deudas y no sabía cómo pagarlas. Pero ahora ni siquiera era capaz de pensar en eso.

—Oiga, Topper —susurré—, ¿tiene Peggy algún amigo? Quiero decir si tiene algún novio. O incluso si es amante de alguien.

El sargento pareció perplejo. Se rascó la mandíbula pensativamente mientras daba vueltas a la cuestión.

—¿Por qué pregunta eso, Barness?

—Los crímenes benefician claramente a Peggy, y sin embargo no creo que ella haya sido capaz de maquinarlos. Pero podría ser que alguien la hubiese orientado. Alguien dispuesto a casarse con ella con la condición de poseer toda la fortuna de los Willard.

—¿Piensa que ella podría estar tan enamorada que cometiera todos esos crímenes por la simple indicación de un hombre?

—No lo sé, sargento: es una hipótesis. Pero cuando uno se encuentra ante una cadena de crímenes, siempre tiene que preguntarse a quién benefician, y en este caso las flechas apuntan claramente a Peggy.

—Lo comprendo —dijo Topper—. Yo también he pensado en eso, pero no la creo capaz. Peggy es una muchacha sana.

—¿Y también es sano el tipo que quizá ha hecho con ella lo que le ha dado la gana? Aquí, en Maddox, todo el mundo se conoce, sargento. Dígame: ¿sale Peggy con algún muchacho? ¿O sostiene correspondencia con alguien de fuera?

Topper anduvo unos pasos por la habitación, con las manos a la espalda, mientras por el interior de su cabeza también daban vueltas sus pensamientos. Y yo imaginé que aquellos pensamientos eran más lúgubres cada vez. Debían torturarlo.

Al fin susurró:

—Nadie es capaz de saberlo con exactitud, Barness. Nadie puede saber la cantidad de hipocresía o de maldad que alberga la mente humana.

—Sigamos esa dirección, Topper —dije con decisión, aferrándome a aquella idea—. No dejemos nada por remover en cuanto a la vida de Peggy. Hay que saber cuáles son sus amistades, sus deseos y hasta sus pequeños o grandes vicios. A usted no le faltan medios para saber todo eso en un par de días.

Topper cabeceó.

—Lo intentaré —dijo—, y mientras tanto someteré a esa chica a estrecha vigilancia. Todos mis hombres estarán pendientes de ella. Le juro que no podrá ni tirar del rabo a un gato sin que yo me entere.

Fue hacia la puerta.

Ahora, de pronto, sus gestos estaban llenos de decisión.

Y yo pensé que al fin había dado con una pista.

Claro que lo pensé.

Después de todo, en las tinieblas de aquel asunto, habíamos encontrado un rayo de luz.

Eso pensaba; y les juro a ustedes que empezaba a estar más tranquilo.

Narices.

CAPÍTULO XVI

Como las sombras ya habían caído sobre la casa, pensé que tal vez ahora Virgin intentaría huir. Claro que no era fácil, porque los hombres de Topper estarían atentos. Pero me propuse ayudarla, y para eso subí de nuevo a las buhardillas.

Mi propósito era claro: ponerme de acuerdo con ella para señalarle un camino por el que pudiera huir. Y entonces distraer yo a los policías que estuvieran vigilando por aquel lado.

Creo que ya he dicho que la zona de las buhardillas era la más solitaria de la casa. En otro tiempo vivían allí muchos sirvientes, pero ahora la mayor parte de las habitaciones estaban desocupadas. Moverse por ellas era como moverse por un mundo de fantasmas, un extraño mundo de ventanas desencajadas y de puertas que chirriaban a impulsos de la brisa. No oía ni el rumor de mis propios pasos, pero en cambio oía crujidos, leves roces, contactos furtivos que llegaban desde las sombras...

Intenté recordar la puerta por la que había entrado antes. La identifiqué al fin, a la débil claridad lunar que penetraba por los tragaluces. Menos mal que lo conseguí entonces, porque diez segundos más tarde la luna había sido cubierta por unos espesos nubarrones que presagiaban tormenta. La oscuridad se hizo tan impenetrable en torno mío que fui incapaz de dar un paso más.

Me detuve, respirando quietamente.

Era estúpido lo que sentía.

Pero debo reconocerlo. Sentía algo parecido al miedo. Aquella oscuridad me ahogaba. La sensación de que en cualquier momento podía ocurrir algo desconocido, era más fuerte que yo.

Hice crujir mis nudillos.

¡Qué estúpido me había vuelto! ¡Yo, un profesional del miedo, teniendo miedo...! Porque muchas veces, en mis novelas, había existido una buena dosis de terror. Yo soy de los que creen que el

terror es una de las constantes de la naturaleza humana, y que gran parte de nuestros actos están dictados por él. Todos tenemos terrores ocultos que quizá nunca hemos confesado a nadie. Y por eso muchas veces, aunque no quisiera, el miedo hacía acto de presencia en mis novelas como un elemento de primera clase.

Eso hubiera debido acostumbrarme.

Pero no.

Yo ahora sentía tanto miedo como una colegiala, aunque me avergüence reconocerlo.

Anduve con las manos por delante.

Compadecí a Ann y su mundo de tinieblas. Ahora me daba cuenta de lo terrible que resulta no ver jamás la luz.

De pronto oí aquel crujido.

Era distinto de los otros. Era el roce de un ser humano al moverse en las tinieblas.

Fue entonces cuando me di cuenta de que no estaba solo.

¡Alguien se movía frente a mí!

¡Podía ser el asesino, que flotaba en las tinieblas!

¡Sin darme cuenta había entrado en el reino de la muerte...!

Todos estos pensamientos pasaron por mi cerebro como una serie de chispazos, mientras la sensación de peligro me crispaba por unos instantes la garganta. Y, sin embargo, nada especial, nada horrible sucedió. La realidad no pudo ser más vulgar. La voz de Ann me preguntó tranquilamente entre las sombras:

—¿Eres tú, Barness?

Exhalé un suspiro de alivio.

Comprendí que había sido un idiota al albergar temores. Al fin y al cabo me movía en terreno conocido. Allí estaba Ann y allí estaban todas las cosas familiares de la casa. ¿De qué demonios había tenido miedo?

—Sí, yo soy —musité.

—¿Qué haces aquí?

No me atreví a decirle la verdad; no me atreví a decirle que estaba intentando ayudar a Virgin.

—Revisaba la casa.

—Yo no podía estar en mi dormitorio —dijo ella con voz incierta—. Tengo miedo...

—¿Miedo de qué? —pregunté, como si yo no lo hubiera sentido

nunca.

—He encontrado algo.

—¿El qué?

—Mira.

—No puedo ver nada —musité—. Apenas distingo un poco tu sombra, Ann. ¿Qué es lo que has encontrado?

—Tócalo —me dijo—. Al tacto podrás darte enseguida cuenta de lo que es.

Me tendió algo a través de las tinieblas. Puso en mis manos un objeto redondo, pesado, que pendía de una cadena.

Lo palpé.

No podía apenas verlo, pero notaba en mis manos su presencia brillante, llena de suavidades.

—Es un medallón —dije.

—Sí.

—¿Dónde lo has encontrado?

—Estaba aquí, estaba oculto en el hueco de una pared. Tengo miedo de verdad, te lo aseguro. ¿Qué crees que significa esto?

Yo pensaba muchas cosas. Creía muchas cosas también. Estoy seguro de que nunca en mi vida había pensado con tanta rapidez. Pero me faltaba algo; me faltaba ver a la muchacha para darme cuenta de las circunstancias. Y me faltaba ver también el medallón que tenía entre mis dedos. La sensación de que yo era también como un ciego me hacía sentirme inseguro.

Ella musitó:

—Póntelo junto al oído. ¿Oyes algo, Barness?

—¿Y qué he de oír?

—A mí me ha parecido que sonaba algo. No sé... Póntelo junto al oído.

Obedecí.

Me sentía envuelto otra vez en aquel mundo de fantasmas. En algunos instantes tenía la sensación de estar viviendo un sueño.

Aquella oscuridad... Aquel aire misterioso y caliente que nos envolvía a los dos...

Y de pronto sonó la música. Era muy suave, de modo que apenas debía oírse fuera de la habitación, pero a mis oídos llegó como un trueno. Era la música que ya conocía, era la extraña canción de los Rolling Stones, la música de la muerte.

Me estremecí.

No supe qué pensar.

Estaba como hipnotizado, como paralizado por aquella melodía.

Noté confusamente que Ann se acercaba a mí, atravesando una cortina de sombras.

Era como una silueta fantasmal.

De pronto me parecía distinta.

Y fue entonces cuando lo vi. Fue entonces cuando capté el levísimo reflejo del estilete.

Fue entonces cuando vi la muerte.

Lancé apenas un gruñido ronco.

Todo lo que pude hacer fue eso.

El frío del acero, el frío de la muerte, penetró hasta mis huesos. Por contraste, sentí una cosa caliente en el dorso de mis manos. Una cosa caliente que se iba, que se escapaba... ¡y entonces me di cuenta de que era mi propia sangre!

Hay momentos en que uno piensa con mucha más rapidez que en toda su vida. Momentos en que uno calcula con más velocidad y precisión que cien computadoras juntas. Yo creo que viví uno de esos momentos al darme cuenta de que el estilete venía hacia mí. Lo hice inadvertidamente, pero me ladeé unos centímetros, lo suficiente para que la hoja no me atravesara el corazón. Me penetró en cambio entre dos costillas y se hundió en mi pulmón izquierdo. La sensación de ahogo que noté en el primer momento no se la deseo ni a mi peor enemigo.

Caí de rodillas quizá antes de lo que Ann había calculado. El asombro me hizo desplomarme, ya que debilidad no sentía ninguna, al menos por el momento. Y paradójicamente fue eso lo que me salvó la vida, ya que el segundo golpe de Ann pasó demasiado alto, y el estilete no hizo más que rozarme la cabeza.

De todos modos estaba a su merced.

Yo era ya un hombre muerto.

Tendido en el suelo y con el estilete de Ann junto al cuello, resultaba inútil incluso pedir socorro. Aun en el caso de que alguien me oyese, ella me mataría cien veces antes de que llegase la ayuda a las buhardillas.

Pensé todo eso como un chispazo, en fracciones de segundo. Y curiosamente no me asusté. Acepté la muerte como el que acepta lo

inevitable, algo que de todos modos tiene que venir. Lo que me dominaba, en cambio, lo que me dejaba sin habla y sin respiración, era el asombro.

Ann...

No... ¡Ann no podía ser!

La misma resignación que yo sentía ante la muerte, hizo que no me moviera y por lo tanto no provocara un nuevo ataque. A Ann la tranquilizó el que me estuviese quieto. Sabía que podía matarme en cualquier momento, y por tanto prolongó aquella situación única, aquella situación irrepetible y que le causaba tanto placer.

La música seguía sonando a mi lado, concretamente casi encima de mi pecho, que era donde tenía el medallón. Y entonces me di cuenta de que la melodía de los Rolling Stones surgía precisamente de allí. Nunca hubiera sospechado que el medallón fuese un magnetófono en cuyo interior estaba grabada una cinta con una sola melodía. Y, sin embargo, ¿había algo tan sencillo como eso? ¿No existen ya aparatos de ese tipo que son incluso más diminutos?

El asombro no me dejaba reaccionar. Sentí la punta del estilete pasearse por mi cuello, pero no me moví. Notaba mientras tanto, en mi antebrazo, el gotear lento de la sangre.

Hay momentos en que uno preguntaría miles de cosas, porque las dudas se amontonan en el cerebro. Pero lo único que pude balbucir fue:

—¿Por qué, Ann? ¿Por qué...?

—Lo siento, Barness, porque tú eres el único que quizá no debiera morir —susurró—, pero has llegado a ser un peligro demasiado grande. Estoy segura de que llegarías a averiguar algo.

—¿Y qué es lo que hubiera podido averiguar, Ann? Te juro que no entiendo nada... Y es extraño lo que me pasa ahora... Pero la curiosidad, el ansia de saber es más fuerte que el miedo a morir...

Yo no mentía. Estaba seguro de que me iba de este barrio y al menos quería saber por qué. La voz de la ciega, una voz levemente burlona, me preguntó:

—¿De veras no lo imaginas?

—¿Cómo... voy a imaginarlo?

—¿Crees que realmente el viejo Willard me adoptó porque sí?

Me estremecí.

De pronto parecieron desfilar ante mis ojos una serie de escenas

abyectas. De pronto el viejo Willard se me apareció como un cerdo y la joven Ann como una apetitosa, pero al mismo tiempo pestilente zorra.

—No me digas que el viejo te adoptó para... para... —barboté.

Ella rió silenciosamente.

—¿Por qué los hombres sois tan mal pensados, Barness? ¿Por qué sois mal pensados incluso en el momento de morir?

Barboté:

—Pues entonces, ¿para qué te quería el viejo Willard?

—El viejo Willard era realmente mi padre.

Sentí como un golpe en la cabeza. Creo que nunca una frase tan breve me había producido un impacto así. Incluso me olvidé de que me estaba desangrando muy lentamente y de que el estilete me acariciaba el cuello. Ella debió notar mi asombro a pesar de que no me veía, porque susurró:

—En cierto modo era lógico que me adoptase. Willard, después de todo, no tenía mal corazón, aunque tampoco era lo que se dice un caballero. Yo había sido fruto de una aventura cuando ya estaba casado; se despreocupó en absoluto de mí y de mi madre, hasta que me encontró mucho tiempo después, convertida en una muchacha ciega. Hasta aquel momento el viejo había demostrado ser un perfecto cerdo, pero al verme se acordó de que tenía un poco de corazón. El modo más sencillo de garantizar mi futuro sin tener que explicar lo ocurrido, era adoptarme. Son muchísimos los hipócritas que adoptan a su propio hijo.

Hice un movimiento afirmativo con la cabeza. Luego me acordé de que ella no podía verme. Susurré:

—Sí. Es... es cierto.

—Por cierto que tampoco fue demasiado generoso. En su testamento no me dejó bienes, sino que simplemente me permitió vivir aquí y tener para mis gastos. Por supuesto que yo podía vivir bien toda mi existencia, pero no era lo mismo que los otros hijos.

—Ann... —musité—. ¿Es posible que por eso... por eso hayas llegado a matar? ¿Es posible que...?

—No —musité—. No seas idiota, Barness. A veces parece mentira que hayas escrito novelas, aunque todas sean malas.

—¿Pues entonces por qué...?

—Porque él tuvo la culpa de que yo no fuese más que una ciega.

Si la anterior frase me había dejado anonadado, ésta me paralizó. Esperaba cualquier cosa menos aquello. De mi garganta brotó una especie de ronquido.

Aquello tenía una única ventaja: me había olvidado por completo de que iba a morir.

El asombro no me dejaba pensar en que aquéllos iban a ser los últimos minutos de mi vida.

—Después de estar casado y cuando ya tenía hijos mayores —continuó explicando Ann, sin separar el estilete de mi cuello—. Willard adquirió una enfermedad venérea con una mujer, durante un viaje a Oriente. Sencillamente, una sífilis. Tú sabes lo que es eso y los peligros que representa ante un posible contagio, así como para los descendientes que uno pueda tener. Pueden volverse tarados, locos, ciegos... Una prudencia elemental y un poco de decencia debieron haber aconsejado a Willard abstenerse de contactos con otras mujeres hasta estar seguro de que no podía perjudicarlas. Pero no fue así. Willard, por el hecho de ser multimillonario, se consideraba también un poco señor de la vida y la muerte. Engañó a mi madre, la abandonó luego y el fruto de aquella unión tan «amorosa» fui yo. Yo, que nací viendo los objetos y las personas, pero estando ya marcada por la enfermedad. Yo, que pude ver en mi niñez la belleza del mundo... ¡Por eso me doy más cuenta ahora de lo terrible que es ser ciega!

Me estremecí.

De pronto lo vi todo bajo un prisma distinto. De pronto me di cuenta de la lógica de cosas que hasta entonces no había podido comprender. Y por eso susurré:

—¿El médico lo... lo sabía?

—Sí; el médico de Maddox lo sabía porque Willard iba a visitarse con él de vez en cuando. Su enfermedad era bastante rebelde, y así como otras se curan muy bien, a él le ocasionaba trastornos periódicamente. Empezó yendo en Londres a un médico que no le conocía, pero luego, por comodidad, se hizo visitar por el matasanos de Maddox, que además era un hombre inteligente y de gran competencia. Lo que pasaba era que, además de ser inteligente, era también un malvado. No tenía escrúpulos. Enseguida se dio cuenta de la situación y del provecho inmenso que podía obtener de ella.

—¿Quieres decir que... hizo chantaje?

—¡Naturalmente! Ató cabos y supo enseguida que yo era la hija de Willard. Eso le daba muchos naipes para jugar una partida en la que ganaría millones. Imagina lo que era descubrir la verdad en el círculo de la familia y en los ambientes respetables en que se movía Willard. Éste no sólo era un sifilítico, enfermedad que siempre se ha considerado vergonzosa, sino que además era un aventurero sexual. Un hombre que había adoptado a su propia hija ilegítima, víctima de una enfermedad de la que sólo él era responsable. Por eso le escribió aquellas cartas y empezó a sacarle dinero. Yo sabía dónde estaban las cartas e hice que las descubrieras.

—¿Por qué?

—Fundamentalmente para acreditar mi buena fe. Y porque así el médico se convertía en el primer sospechoso de los crímenes. En aquel momento sabía ya, de todos modos, que quizá tendría que matarlo. Porque sabiendo él que yo era hija de Willard, podía también atar cabos y adivinar la verdad.

—Pero Ann... —balbucí—. Todo esto... ¿por qué...? ¿Por qué...?

—Por el odio —respondió secamente.

Me estremecí de nuevo. La voz de Ann parecía llegarme desde muy lejos. No me daba cuenta de que me estaba desangrando y de que me sentía cada vez peor. Me había acometido esa brutal indiferencia que es la antesala de la muerte.

—El odio era más fuerte que yo misma —susurró Ann—. Yo era tan hija de Willard como los otros, pero estaba condenada a no poder hablar ni de mi apellido, mientras los demás eran ricos, felices y veían el mundo que a mí me estaba negado ver. Por eso maté al viejo Willard. No sólo fue como si me vengara yo misma, sino como si se vengara también mi madre. Luego fui eliminando a los otros. Deseaba rabiosamente su muerte... En especial deseaba la muerte de las dos chicas que tenían mi edad. No era justo que ellas hubieran tenido más suerte que yo.

—Pero Ann... ¿Cómo podías asestar las puñaladas con tanta precisión? Tú eres ciega...

—Me guiaba el medallón.

—¿Quééééé...?

—Sí, el medallón que hasta hace un momento ha estado sonando

junto a tu pecho. Es un diminuto magnetófono, como ya habrás notado, y tiene una sola canción. De ese modo ningún otro sonido podía confundirme. Suena a horas fijas o bien moviendo un resorte que sólo yo sé encontrar. Por ejemplo a Willard lo maté a una hora fija, cuando sabía que iba a sonar la música que me guiaría. A Rosy se lo di tras mover el resorte, igual que a ti, para que sonara enseguida. Lo utilicé por primera vez con el viejo Willard, a quién se lo regalé para que se lo colgara del pecho unas horas al menos. El muy imbécil lo hizo para darme ese capricho... y un instante después caía con el corazón atravesado. En cuanto a Bill, fui yo quien estropeó los grifos de mi propio baño, para que él me invitara a ir al suyo y así poder entrar en su habitación. Yo ya notaba que le gustaba al muy cerdo... A veces hasta una ciega se da cuenta del temblor especial de las manos de un hombre. Naturalmente, yo no hablaba de ese magnetófono que hay en el medallón. Era mi arma, era mi secreto... La imbécil de Rosy lo descubrió, sin embargo, porque una urraca, esos pájaros que se obsesionan por los objetos brillantes, lo había encontrado entre unas tejas y ella lo vio. Lo tenía en las manos cuando la maté. Moví el resorte que lo hacía sonar y... ¡y la localicé entre las tinieblas! ¡Aquella música era como una lucecita que me guiaba! ¡La música que me ayudaba a matar!

Se había exaltado. Se estaba exaltando de tal modo que yo temí que me atravesara el cuello de un seco golpe. Pero aún hizo más largo aquel suplicio. Aún bisbiseó:

—Si en el caso de la muerte de Bill me manché de sangre fue para disimular las manchas que sin duda me causaría el estilete al esconderlo. Porque el estilete estaba teñido de rojo. Y ahora voy a decirte una última cosa, Barness. Es curioso... ¡el viejo Willard tenía miedo de mí! ¡El viejo Willard, aun cuando todavía no había pasado nada, había adivinado ya la verdad! ¡Olía mi odio! Por eso fue él quien ideó la táctica de cambiar los muebles de sitio, a fin de que yo me desorientara... ¡a fin de que yo estuviera perdida! Sus hijas siguieron la táctica, pero de poco sirvió. Mejor dicho, me sirvió a mí, porque así parecía más una pobre muchacha indefensa... Y ahora basta, Barness... Ya sabes demasiado y por eso tienes que morir. Cree que lo lamento, amor. En el fondo quizá podíamos haber sido muy felices tú y yo.

Alzó de nuevo el estilete. No me veía, pero aseguraba la puntería sujetándome el cuello con la otra mano. Yo cerré los ojos, ya que no podía defenderme. ¿Para qué ver aquello? ¿Para qué ver mi propia muerte?

La hoja de acero bajó como una exhalación.

Fue a hundirse en mi cuello con una fuerza mortífera.

Y de pronto... ¡de pronto algo cambió! ¡Una mano había sujetado la derecha de Ann en la última fracción de segundo! ¡Y Ann lanzó un grito de rabia, de agonía, de odio...!

Como entre una serie de brumas lejanas, vi a Virgin. Virgin había salido de su refugio en la buhardilla y luchaba con Ann. Ésta dejó caer el estilete porque le retorcían el brazo. La lucha a ciegas debía llenarla de horror. Saltó hacia atrás, chocó contra una pared, lanzó un gemido...

Se movía en un sórdido mundo de tinieblas.

Se movía en el mundo de su propio crimen, de su propio miedo.

Yo grité:

—Ann... ¡no te muevas de ahí! ¡Quieta! ¡Yo hablaré con Topper!

Pero pedirle que se estuviera quieta era pedirle demasiado. Estaba prisionera de su propio mundo de horror. Corrió locamente hacia las escaleras mientras yo volvía a balbucir:

—Quieta...

Su cuerpo rodó estrepitosamente escaleras abajo. No había podido notar el nacimiento de los peldaños. Dio una vuelta de campana, otra, otra...

Yo cerré los ojos.

Me notaba demasiado débil incluso para sentir piedad.

Noté que Virgin me acariciaba la frente con manos trémulas. Noté que yo sujetaba sus dedos con una especie de ansia, como si fueran lo único que me uniese a la vida.

Así me encontró Topper minutos después. Y así me aplicaron el primer vendaje mientras el sargento musitaba:

—¿Sabe...? Ann se ha desnucado. Imagino que eso no es casualidad. Imagino que usted tendrá que explicarme muchas cosas, Barness.

—Por... por supuesto. Y tengo pruebas de... de...

—No se canse. No se excite. Por fin podrá escribir una buena novela, cuerno. ¡Por fin tendrá un tema para no caer en sus

acostumbradas memeces!

—Sí —barboté—. Ahora podré escribir algo que va... va... valga la pena. Mi editor dará saltos de contento.

Topper me entregó un papelito azul.

—Ah, lo olvidaba... Es un telegrama que acaba de llegar para usted. Viene de Londres. Léalo. A lo mejor es importante.

Desdoblé el papel con manos trémulas. Y sí que era importante, qué cuerno. Se trataba de un telegrama de mi editor. Decía sencillamente:

«En cuanto le vea daré saltos. *Stop*. Daré saltos encima de su tripa. *Stop*. Cansado de mantener gandules, le envío al diablo. *Stop*. Después tanto tiempo sin escribir y sin encontrar temas, ya veo que no sirve para nada. *Stop*. No se le ocurra volver por Londres, perro vagabundo. *Stop*. ¡Queda despedidooooooooo...!».

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Se complace en recomendar a
sus lectores la colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

en la que sólo tienen cabida las
más extraordinarias aventuras
de

«CIENCIA FICCIÓN»

debidas a la pluma de los au-
tores que mayor éxito han ob-
tenido entre los aficionados a
este género



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

NOTAS

[1] La noticia es rigurosamente auténtica y ocurrió en España. (N. del A.). < <